
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL ECUADOR
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

Manuel Moreno



Rasgos Históricos

DEL

11 de Agosto de 1911

COMO CAEN LOS TIRANOS

Biblioteca Nacional



QUITO

Talleres de «El Comercio»

1911

RASGOS HISTORICOS

DEL

11 DE AGOSTO DE 1911

COMO CAEN LOS TIRANOS

I

POR todos los ámbitos de la República pasó el huracán continuado y terrible, destructor y corruptor de todo cuanto había de noble, de altivo y de virtuoso que asfixiaba los espíritus con una atmósfera moral pesada como el plomo.

En las ciudades y en las villas, en los pobres y en los ricos se dejaba sentir la influencia deletérea del sistema criminal bautizado con el nombre de Alfarismo. Los crímenes y desafueros se iban acumulando con rapidez sorprendente y las espaldas de los ecuatorianos no podían resistir ya, una montaña de infamia y de maldad. Toda la escala de los crímenes había recorrido el Alfarismo con fiereza diabólica: robos no sólo á la miseria y al dolor de tanto desgraciado, sino también, al tesoro público, arrancado con tantas lágrimas y ayes lastimeros, asesinatos, empréstitos ruinosos para el país, complicidad para la desmembración territorial, corrupción de espíritus y de conciencias, desvergüenza y hasta falta de pudor para encubrir las úlceras de su

gobierno de esbirros y estúpidos. Mil veces rompió el Déspota desvergonzado la Constitución y los principios democráticos y republicanos; mil veces rugió la Dignidad por boca de la prensa altiva é independiente, pero las maldiciones de los ecuatorianos, eran leños que se acumulaban para depurar un día el suelo de los Shiris é implantar el arbol de la vida y de la felicidad perdurables. Con Alfaro y su sistema vacilaban los caracteres, se refinaban los malvados porque eran premiados por su amo, siempre pródigo con los tesoros del pueblo, sagrado para otros mandatarios que se inspiran en los deseos y esperanzas de una nación.

Nunca llegó á tan bajo nivel la moral popular, y, ¿cómo no iba á bajar, si los directores de los destinos del pueblo, los hombres de influencia en el Gobierno, debían estar en el presidio expiando sus culpas? Como todo tirano, hizo creer á espíritus candorosos que servía á un principio: al gran principio de la Libertad, para escalar el poder, derrocando á un Gobierno honrado y constituido y, como todo está sujeto á esa ley suprema, universal, llamada Progreso; á medida que se sucedían los meses y los años de su Gobierno, más maldad había y la crónica social y política más crímenes espeluzantes registraba. ¿Cómo explicar para quien desee conocer la etiología del sistema, que reine el Mal, en medio de las maldiciones y anatemas de los honrados y altivos? ¿Cómo darse cuenta que Alfaro no haya caído el 25 de Abril, después de aquel movimiento popular, nunca visto, hasta el 11 de Agosto de 1911? ¿Cómo explicar una noche tan larga? Debemos responder: una gran parte del país estaba corrompida y él la corrompió más todavía, premiando las delaciones, gastando cantidades ingentes en el servicio de la Infamia en esa POLICÍA SECRETA nunca bien condenada; separándose de todo buen elemento y haciendo un trono, asentado sobre el cieno, la torpeza, la maldad y la infamia de muchos desgraciados á quienes la Historia les señalará execrándoles, y, natural era que, predominando el elemento malo, malos y perversos debían ser sus resultados. Nunca ha producido el vicio bondad sino por exceso, es decir, por

reacción; porque nunca han sido eternos en la Historia la Tiranía y el Mal. A los excesos de los Borbones y el despotismo absoluto de siglos, responde la gran revolución universal de 1789; á la tiranía de Carlos I, la no menos grande de 1679; á la espoliación Ibérica, nuestra independencia. Cayeron en la América latina, para siempre, los Zelayas, los Castros, los Reyes, los Melgarejos, los Jaras, hombres funestos para sus Estados. ¿Cómo no debía caer el más ridículo de ellos, Eloy Alfaro? ¿Acaso la iniquidad en las Naciones y en los siglos es eterna? ¿Acaso no hay una justicia, una suprema sanción que castigue á los perversos? En el reloj del destino de mi Patria estaba señalado: ¡Caerá el último de los tiranos!, ¡amanecerá una aurora después de larga noche! ¡Y vino el día 11 de Agosto!!! ¡Loado sea el espíritu de Libertad de las Naciones!

II

Antes del período eleccionario, de diciembre de 1910, sentíase una incertidumbre, una desconfianza general de que el Presidente Alfaro tuviese la menor intención de cumplir con la Ley Suprema, en lo tocante á la alternabilidad republicana de cada cuatro años. Signos manifiestos había para que esta intranquilidad fuese fundada: Alfaro, cual esfinge del desierto se envolvió en un mutismo absoluto y á ninguno de los de su camarilla dijo una palabra sobre las próximas elecciones; sus periódicos guardaban estudiado silencio en este punto. Toda la oposición, aquel baluarte granítico contra el despotismo, se puso en movimiento: los intelectuales con su pluma y los hombres de acción con su actividad y su política para obligar á Alfaro, á que siquiera cumpliera con la fórmula legal, ya que era, por demás sabido, que el pueblo no podría hacer uso de sus derechos. El camino fue sabiamente trazado; los hechos se desarrollaron de tal manera, que tuvo la momia que hablar, y, la Camarilla, con su amo, después de vergonzosas disputas, de encontradas opiniones, designaron el candidato oficial en la persona de Don Emilio Estrada.

La caja fiscal más que nunca escueta y pobre, era obstáculo para llevar más fácilmente á cabo una farza que maldiciendo condenará la Historia. Vino entonces el contrato Speyer. El Ejército votó con cinismo y desvergüenza nunca vistos. Este hecho, grave por sí mismo, no implicaba un daño incurable para la Patria, don Emilio Estrada era un hombre honrado y civil, tenía dotes suficientes para hacer un buen Gobierno. Plaza había dicho «es lo mejor que tiene Alfaro»; bastaba esto para tranquilizar los ánimos. Pero no fué así, deseaban Alfaro y los suyos convertirlo en rey de burlas. Felizmente, el cielo quiso que no consiguiera su intento.

Más de un ciudadano, en Setiembre mismo de 1910, sabía á donde iban dirigidas las pretenciones de Alfaro respecto á su perpetuidad en el Poder. El General Manuel Antonio Franco, en quien influyó poderosamente un recado que el Coronel Olmedo Alfaro le dirigió con el Comandante Alcides Pesantes á la Provincia de El Oro», en donde, á la sazón ejercía el comando de una División de Ejército, se decidió desde ese momento, á buscar cualquier oportunidad para separarse de ese cargo y prestar su contingente para el caso harto probable de la Dictadura del General Eloy Alfaro. Lo que el Coronel Olmedo Alfaro mandó á decirle al General Franco, verbalmente, fué esto: «Que no fuese á dejarse sorprender con cualquier especie respecto á elecciones presidenciales, puesto que era cosa resuelta, que cualquiera que fuese el nombre que se tomara y la forma que se diera, sería de todos modos su padre, el General Eloy Alfaro, quien debía continuar en el Poder; que esto lo comunicaba verbalmente y no por carta, debido á la confianza que para él merecía el Comandante Pesantes conductor del recado». Esto basta para comprobar sobradamente las intenciones mal dicimuladas de quien, ignorante hasta de los principios más rudimentarios de Política y Republicanismo, quería pisotear los derechos de todo un pueblo y erigir un trono de oprobio y de vergüenza.

Ante las vacilaciones del tirano, varios patriotas, en diciembre mismo del año pasado, [General Franco, Ernesto Franco y el que suscribe], pensaron seriamente en el peligro amenazante; y después de discurrir largamente, designaron al último de los nombrados, para que se pusiera al habla con el General Terán, con quien cultivaba una amistad íntima y fraternal, y él— el General Terán—como en seguida se verá, palpitaba en un mismo corazón con los desinteresados patriotas, porque ante su vista de águila no se le escapaban las brumas tempestuosas de la dictadura que, contra todo principio de moral se preparaba, jugando con las aspiraciones del pueblo soberano y mintiendo con el descarro y cinismo que solo encuentran albergue en pechos corrompidos como el de Alfaro. Era, pues, evidente por mil signos inequívocamente dados, que la designación de Don Emilio Estrada, para Candidato Oficial era una farsa, la más infame acaso; si antes no hubiera llegado al colmo de la perversión y mala fe. Alfaro creyó hallar en Don Emilio Estrada, el objetivo de sus burlas, y el fácil juguete de su astucia preñada de ambición. Sabíamos evidentemente que Alfaro creía que Estrada era un hombre sin prestigio popular y sin confianza entre los suyos, para hacer resistencia al querer de su voluntad omnipotente; por otra parte, se decía para sí, él es muy buen amigo mío, capaz de sacrificar sus intereses personales anteponiendo mis conveniencias. En efecto, sólo el doctor Octavio Díaz, á la sazón Ministro de lo Interior, sostuvo la candidatura de Estrada: todos los demás, se creían herederos presuntos del feudo ecuatoriano que su amo, en sus voluntades de última hora, les dejaría como herencia y recompensa á sus servicios. A todos engañaba: á Peralta, Dillon, Martínez Aguirre llegó á decirles que ellos debían ser sus sucesores, y ellos serían los escogidos, si no tratara de burlarse de Estrada. Hay mucho que ver hasta agosto, dijo Coral, el único depositario de sus íntimos secretos. Al Dr. Felicísimo López, Cónsul General, en ese entonces, en New York, también le sonrió con la promesa de que él le sucedería en el poder; aún hizo lanzar al público una hoja

volante, en la que se pedía, se tome en consideración el nombre del General Franco para las elecciones de Presidente.

Nunca se vió insultar á la amistad fementidamente acrecentada por cuarenta años, nunca se vió que un protegido con la abnegación y el desinterés de un viejo amigo recompensara á su protector con ingratitud y deslealtad incomparables; jamás, hasta entonces, espíritu humano fué receptáculo de tanta maldad y deshonor. Inconsecuencia, ambición é ingratitud sin ejemplo, eran las inspiradoras de sus actos, las consejeras de su conciencia.

Hubo un hombre á quien yo, sinceramente lo declaro, le tenía como el más capaz, como el más aventajado por sus talentos múltiples y sus grandes méritos, para que reivindicase los derechos pisoteados y las libertades violadas del pueblo ecuatoriano. Ese hombre fue el General Terán, que desgraciadamente murió, víctima de venganzas secretas; digo esto, porque hace relación con los hechos recientemente desarrollados. La sorprendente previsión de Terán, por su parte, llevó el convencimiento á muchas personas amigas suyas y leales con el honor y el patriotismo, de que Alfaro no entregaría la banda presidencial á don Emilio Estrada, Presidente electo, ni á su sobrino Flavio, ni á nadie, y que él, por sí y ante sí, valiéndose de cualesquiera de los medios recogidos para él, en el fecundo campo de la perversidad, se elegiría en Dictador, contra la corriente de la opinión pública, contra todo principio de moral política y de republicanismo democrático. A este resultado, á esta conclusión dolorosa para todo hombre honrado, llegó Terán, dados los antecedentes sentados por Alfaro en 1900, al tratarse de los Generales Franco y Plaza, por el conocimiento que tenía de su depravada conciencia y, además, por el hecho de carecer de novedad en sus gestiones políticas y administrativas; pues, siempre ha tenido las mismas artimañas, y, por fin, por la creciente opinión, cada vez más explícita de los miembros de la canalla alfarista, como de muchos periódicos independientes y numerosos ciudada-

nos, fundada en razones concluyentes, que Alfaro se iría directa ó indirectamente, sacrificando á *A* ó á *B*, por faz ó nefas á la Dictadura, sueño dorado del último de los *providenciales*. ¡Insensato!, ignoraba que el pueblo ecuatoriano, nunca ha querido malvados que le opriman, ni dictaduras que le avergüencen. Así, pues, convencidos nosotros, que sobre nuestras cabezas se cernía una tempestad al desatarse, que se acercaba la noche de la deshonra con la Dictadura, que se destruía hasta el poquísimo crédito que le quedaba aún al Estado y que era imposible, salvar á la Patria por otros medios que el de una acción de armas, puesto que todo otro camino, estaba cerrado para la dignidad y todo otro medio era impracticable, resolvimos trabajar asidua y constantemente, entre los soldados pundonorosos y patriotas y muchas otras personas de más ó menos prestigio personal, en el sentido de preparar las condiciones para un golpe constitucional, certero y bien dado. Con este propósito, púsose Terán de acuerdo con algunos de sus amigos del Norte de la República y numerosos soldados y clases del Ejército acantonado en Quito, genuinos representantes del valeroso pueblo del 10 de Agosto. Terán sabía que en toda la República, como un solo hombre, secundarían la reivindicación tan ansiada por todos, porque en la conciencia de todo ecuatoriano bien nacido, estaba profundamente grabada la necesidad de la caída de una tiranía sin nombre y precedente en la Historia. No se equivocó en esto, como no se equivocó en que el soldado pundonoroso y el pueblo unidos en íntimo y solidario consorcio, derribarían al Alfarismo lleno de oprobio y carcomido en su base por sus delitos. Los trabajos á fines de Junio de este año, estaban avanzados, Alfaro llegó á saber algo, muy poco desde luego, de lo realizado en pro de la Liberación y empleó buena cantidad de astucia y actividad en destruir la conspiración salvadora, para extinguir la amenaza que con signos pavorosos, para él, se presentaba en el horizonte de la Patria, mientras para la Nación toda, se esperaba con ansiedad infinita, el primer rayo de esa aurora de redención y justicia. Contába-

mos con escasos recursos para las labores patrióticas, pero, ¿era necesario en tratándose de una evolución, que se imponía necesariamente so pena de que la Patria descendiera á un abismo sin fondo? ¿Era preciso, acaso, que lo que había corrompido el oro debía purificarse con oro? ¿No era suficiente el valor y el patriotismo que en los pechos abroquelados de muy pocos había quedado en tan luctuoso tiempo? ¿No bastaba el cansancio nacional, el odio, el deseo de justicia para bajarlo al ídolo de los viles, desde las alturas en que se creía estar?

No fué obstáculo insuperable la carencia de dinero, para preparar la reivindicación; todo ciudadano lo quería, él tenía suficientes méritos para dirigir un movimiento salvador: hombre público notable, escritor eminente, General de prestigio, político sagaz, orador elocuente, tinoso diplomático; en fin, hombre que por mil títulos estaba sobre los demás, en especial, sobre ciertos ambiciosos, que sin ningún mérito querían escalar el poder, ilegalmente. Para nadie era ya un secreto la tendencia del General Alfaro de perpetuarse en el Poder. Tenía sueños megalómanos el déspota; su cerebro estaba obsesionado con la idea de la Dictadura ó capitánía general, especie de tutela y curatela, imitación grotesca de otro ambicioso bárbaro á quien le bajaron los pueblos maldiciéndolo y en último resultado, la Dictadura misma, disfrazada con cinismo. Los periódicos palaciegos decían franca y claramente que Estrada no se ceñiría la Banda Presidencial, que estaba aliado con los conservadores; *con los enemigos de la luz*. Sus secuaces, unos por consigna y otros por miedo, callaban y se sonreían cariñosos con Flavio, á éste iban dirigidas las miradas de los oportunistas y logreiros. Públicamente se decía en periódicos y en reuniones, entre amigos é indiferentes, como la cosa más natural del mundo, que Flavio sería el Presidente. Sus partidarios llegaron á decir que era más fácil que el sol del 31 de Agosto no saliera por el Oriente, antes que el General Flavio no se alzase con el poder. (2) Era, pues, como un axioma matemático la verdad del

hecho inicuo de la Dictadura; había fundadas razones para creerlo.

El General Franco, su hijo Ernesto y el autor de estas líneas, redoblaron sus esfuerzos, y como el caso requería evitar toda pérdida de tiempo Don Ernesto Franco y el que suscribe se pusieron en marcha inmediatamente para conferenciar con el General Terán, sobre los últimos asuntos de Gabinete, los cuales se sabían á ciencia cierta. El General Terán, se encontraba ese día en la quinta de Don Leopoldo Narvaez, pero como la situación imponía medidas urgentes nos dirigimos á dicha quinta situada en *Chaupi Cruz*. Allí se convino darle el mayor impulso posible á los preparativos reivindicadores. Entonces dicho General nos dijo, que contaba para sus labores con amigos como el doctor Carlos A. Bermeo, don Leopoldo Narváz, los resueltos y patriotas militares Comandante Vicente D. Piedra, Comandante Rubén Estrada, Comandante Darquea, Capitán Ulises Naranjo, los leales y valientes sargentos Benavides, Polo Granja, Jaramillo y muchísimos militares más.

Como no teníamos recursos entonces, el señor Ernesto Franco, me entregó, el 2 de Febrero de este año, dos mil quinientos sucres, por cuanto yo fuí, desde su principio, Comisario de Guerra, los cuales, á mi vez, los entregué á mi amigo y compañero el General Terán, quien firmó un documento *pro-forma* que reposa en mi poder. Terán, entonces, desplegó toda su actividad atrayendo con su prodigioso dón de gentes y su prestigio militar á los soldados de honor, hacia la santa causa de la Justicia y el Derecho, que se traducía en el respeto á la Ley sentida intensamente por los deseos del pueblo, cansado de tanta opresión y villanía.

En el mes de Marzo, el General Terán, aprovechándose de una gestión judicial que debía realizar en Ambato, se dirigió con su esposa y su hijo Augusto á esa ciudad, donde además, tenía que ponerse de acuerdo con el núcleo de la activa ciudad de Juan Montalvo. Allí era encargado de ejecutar sus órdenes é indicaciones el joven Capitán Pedro M. Sánchez. En los días

que permaneció el patriota en la capital del Tungurahua, dió gran impulso á los trabajos reivindicadores, á tal punto que, se podía contar con ese importante centro de actividad y rebeldía. En Mayo 12 recibí una esquila relacionada con nuestros preparativos. He-la aquí:

Quinta verde, Mayo 13.

Manungo de mi alma:

Agradece á Reginita el sabroso obsequio que se ha dignado enviarme; no lo aprovecharé con cerveza sino con mi almuerzo de pobre. Mil y mil gracias otra vez. Anoche hablé con dos amigos sobre nuestro actual litigio. Si no llueve esta tarde, ya que yo no saldré, te espero en esta tu casa, que me urge hablar contigo.

Tu hermano,

EMILIO M. TERAN.

Estos dos amigos á que hace referencia la anterior esquila, fueron los abnegados y valerosos sargentos José Benavides y Polo del Regimiento Esmeraldas el primero y de la Bolívar el segundo, los que gracias á su lealtad y cualidades, gozaban de inmenso ascendiente entre sus compañeros de cuartel. Debo decirlo: el déspota con sus esfuerzos y mil medios degradantes por corromper al mayor número de ecuatorianos, no pudo hacer llegar la lepra envenenadora hasta la base de todo organismo social, hasta los cimientos del edificio humano que se llama Estado; es decir, hasta la eterna víctima inocente de las tiranías de todos los tiempos. ¿Cómo iba á conseguir el corruptor de masas, su intención si explotaba y tiranizaba á su antojo al mismo pueblo que todo gobernante sensato y bien intencionado le tiene consigo? ¿Cómo podía confiar, á discreción, en aquellos hombres cuyos esfuerzos de trabajo honrado eran defraudados con tanta gavela é im-

puesto? ¿Era posible que el pueblo, ese león que cuando despierta devora, estuviese con él, si él, y sus sicarios acrecentaban cada día la pesada carga que á sus espaldas conducía para llevarlo á un calvario de ignominia?

Sus aduladores, es decir, las sanguijuelas del Tesoro Público, los Jefes de alta graduación se arrodillaban y con los ojos bajos le quemaban el incienso de la adulación y le ofrecían la vida de todos y cada uno de los soldados, para cualquier fin, por criminal que éste fuese. El ídolo se creía estar sentado sobre un trono de piedra, cuando todo lo que ante sí veía, era cieno y podre. El soldado, el *cholo*, esa gente infeliz, la que se convierte en carne de cañón, jamás podía estar con su verdugo, nunca podía defender á su opresor. El soldado que ve irse su vida estérilmente en la monotonía del cuartel, es parte integrante de ese gran todo, llamado pueblo, y sentía desde su conciencia candorosa y sencilla la solidaridad con sus hermanos de taller. Remordimientos ocultos experimentaban en sus corazones los soldados, por haber servido de medio inconciente de la Tiranía por un lustro; querían lavarse la mancha que á impulso de los mandones adquirieron el 25 de Abril en las calles de Quito. Así, pues, mientras Alfaro descuidaba del favor de los soldados y se entregaba, ciegamente, en brazos de sus aduladores, nosotros teníamos cifradas todas nuestras esperanzas de patriotas, en ellos y sólo en ellos, porque ellos son la fuerza, porque de ellos es el sacrificio anónimo y frecuentemente olvidado.

Viene una comedia política, por esos días de agitación expectante, que tuvo pendiente la atención popular. El General Eloy Alfaro, se enfermó gravemente y se vio obligado á trasladarse á Guayaquil para restañar su salud, según el decir de los médicos, que le asistían. Con el mal estado de salud del General Eloy Alfaro, el General Flavio E. Alfaro, derrotado en los comisos de Encero, constante en sus trabajos de conspiración escandalosa, se presentó de frente como el predestinado de su tío. En los respetuosos á la Ley, en todo ecuatoriano no contaminado por la lepra del alfa-

rismo, se apoderaron la alarma y no poca desconfianza en el desenlace final. El General Flavio E. Alfaro, gestionaba al amparo del silencio de su tío y apoyado en muchos *eloicistas* creyentes en su exaltación al solio, para la realización de sus deseos: la revolución que hubiera sido la vergüenza para el Ecuador.

Al otro día de la partida del General Eloy Alfaro á Guayaquil, don Ernesto Franco manifestó á don Carlos Freile Z., Encargado de la Presidencia, que la espada del General Franco—su padre—estaba lista para sostener la constitucionalidad. Pocos días después, el joven don Gabriel Gómez de la Torre habló, en nombre del General Terán, al mismo doctor Freile Z., en igual sentido. De este modo se despistaba al Gobierno, de la unión entre los Generales Franco y Terán. Esta medida era necesaria, dada la política de Alfaro y la suspicacia de sus esbirros. El Encargado de la Presidencia, sin saber su unión, aceptó los ofrecimientos de los dos Generales, en caso necesario, para que contribuyeran con su prestigio y sus nombres al respeto de la Constitución.

Hubo un momento de conmoción general producida por la noticia, maliciosamente dada, por Flavio E. Alfaro y sus secuaces, de que el Viejo Luchador había dejado de oprimirnos, con su muerte. El Coronel Olmedo Alfaro tembló, creyó convertidas en humo sus quimeras; vuelto del estupor se alió con su primo Flavio. De ser cierta la noticia, implicaba nada menos, que la caída de la dinastía, la ida definitiva del caciquismo. Se creyeron solidarios los dos pretenciosos parientes en sus intereses y esperanzas; para ellos, don Emilio Estrada era una amenaza, no tendría consideración ni miramiento por la familia providencial. Los dos, aunados, redoblaron sus trabajos de conspiración, adulaban á los Jefes y Oficiales en servicio, daban toros y fiestas á los cuerpos de ejército. Creían llegar á su fin.

El General Flavio, para consolidar su unión con su primo ofrecióle el generalato y la sucesión á la presidencia. Nunca se vió cinismo igual: los de Gobierno, los mismos en quienes el pueblo ecuatoriano podía con-

fiar, si hubiesen sido honrados, su soberanía y sus derechos, fraguaban una revolución escandalosa para no soltar de sus manos la bolsa: su ídolo, su dios, ante quien vivían de rodillas.

Aprovechóse el General Eloy Alfaro de esta coyuntura para amenazar al Presidente electo y oponerle resistencia en la ascensión legal al Poder. Ambos Alfaros dirigieron al déspota sendos telegramas, en los cuales le pedían que obligase á don Emilio Estrada, á renunciar la Presidencia futura, por cuanto, no sería leal con el *Jefe Indiscutible del Liberalismo Ecuatoriano* y además, porque el ejército se oponía: ¡infames!, tomaban este nombre como si unos cuantos miserables sin honor, ajenos á toda idea de bien y á todo sentimiento, aun el más sencillo de moral cívica, formasen el Ejército y porque, con la calumnia en sus corazones depravados le acusaban de estar unido con los conservadores y que gobernaría con ellos.

Hay en nuestra sociedad, para mal nuestro, una masa indefinible, sin opinión y sin conciencia, que carece de corazón y de cerebro, porque toda su vitalidad está en el estómago, en ese gran abismo de miseria y corrupción, que cual tierra baldía está á disposición del primer ocupante, del primer postor. Otros, numerosos por cierto, se entregan en brazos de las probabilidades y el cálculo, posponiendo toda convicción y buena fé. En este vasto campo recogió sus adeptos el General Flavio Alfaro. Se presentó ante los ojos agonizantes de los hombres—estómagos, como el seguro, como el predestinado sucesor del *Jefe de la Democracia*. Vagas esperanzas se abrigan sobre el respeto á la Ley Suprema, en el público todo. Esta situación moral, creada por el mismo Eloy Alfaro, fue maravillosamente explotada en pro de sus infames intentos. A Estrada le engañaba con la villanía de su perversidad, que le estaba protegiéndole y garantizándole el fácil acceso al Poder, á pesar de la oposición de los suyos; á su sobrino, le permitía conspirar en pleno día y sin ningún recelo. Dividió para reinar.

Pasaban los días, se acercaba el momento del de-

senlace final, los que en la sombra del silencio y el secreto minaban los cimientos del edificio del despotismo, no se descorazonaban á pesar de la falta de dinero, presentían un arrebol de aurora, un amanecer dichoso. El Sr. Ernesto Franco marchóse á Guayaquil, con fines políticos y, los patriotas se hallaban en plena escasez de recursos; entonces el doctor Bermeo, de sus ahorros profesionales y el que suscribe, contribuyeron el primero con quinientos y el segundo con cuatrocientos sesenta sucres. Estas escasísimas cantidades fueron invertidas en aquello que era sumamente indispensable, como gastos de postas, etc.; mas no en retribución á los soldados por sus promesas llenas de desinterés y abnegación.

Corrían los días del mes de Junio, la tempestad se acercaba. Don Emilio Estrada permanecía ciego aun, en la confianza de que el General Eloy Alfaro no jugaría con él, por ser su amigo, y que le entregaría, sin dificultad alguna, la presidencia de la República. Mis compañeros políticos y yo sabíamos, á ciencia cierta, los designios secretos y las resoluciones tomadas por el Gabinete; como todo aquello que trataban en el círculo Alfarista. Si él penetraba con sus espías hasta el santuario del hogar, nosotros sabíamos hasta las palabras pronunciadas por él durante el día; esto se imponía dadas las circunstancias excepcionales de nuestra política. En consecuencia, queríamos firmemente conjurar el peligro, antes de que la República sufriera mayores males. Pero ¿cómo llegar á ponerse de acuerdo con Don Emilio Estrada? El General Terán y nosotros trabajábamos por la Constitución, sin tomar en cuenta, que fuese A ó B el elegido; la cuestión era irse contra el Alfarismo y su sistema, hasta postrarlos en tierra. Fuime á la casa de Dn. Carlos Espinosa Coronel, con quien guardo estrecha amistad, para ponerle al tanto de la situación premiosa del Presidente electo, como también, para tratar de unir los dos centros de actividad y energía que tendían á un mismo fin sin conocer todavía: Terán y nosotros y Don Emilio Estrada y sus Comités Electorales. Manifesté á Doña Isabel

Palacios de Espinosa, maestra patriota, disimulada é indirectamente la necesidad que tenía Don Emilio Estrada, si quería cumplir con sus deberes de buen ecuatoriano, de apoyarse en hombres de prestigio y de valer por su actividad y talento, sin ponerle al tanto de la existencia de nuestro centro, nacido y robustecido en secreto, ni de nuestras gestiones efectuadas. Después de repetidas insinuaciones para que el Presidente electo aprovechase de los servicios importantes que los Generales Terán y Franco podían prestar uniéndose con él, Doña Isabel Palacios, cuyo marido es pariente de Don Emilio Estrada, resolvió dirigirle una carta relacionada con la situación del momento y con lo que el que suscribe le había dicho: la cual estaba concebida en el sentido, que Dn. Emilio Estrada estaba obligado, si quería ascender al solio presidencial, á apoyar su candidatura con elementos de prestigio, con personas cuya espada fuese suficiente garantía y segura prenda de la consecución de sus deseos. Además, en ella le ponía claramente de manifiesto que sus partidarios de los comités eran gente de ningún valor, y de ninguna actividad. Los apoyos á que se refería Dña. Isabel Palacios eran los generales Terán y Franco con sus amigos políticos.

Cinco ó seis días antes de que la muerte destructora segará á tan preciosa vida la del General Terán á las doce p. m. escalando los muros de la Quinta en que vivía el General Terán, sorprendentemente se presentaron muchos clases y soldados—pasaban de 25—de varias unidades militares que hacían la guarnición en la Capital, para notificarle que todo estaba listo y exigirle que diera el golpe cuanto antes: no era hora todavía y postergó sin determinar día. Desgraciadamente el 3 de Julio ocurrió sucesó tan trágico, la muerte de él, que consternó á todos.

En aquella entrevista nocturna, protestaron con el corazón en la mano, que estaban ellos—los soldados—listos á derramar la última gota de su sangre, en pro de los ideales políticos que la República ansiaba: la paz sólidamente asentada sobre la felicidad general y el respeto á la Ley: expresión de la soberanía popular; en ella

manifestaron sus quejas contra el Gobierno de Alfaro, las viles explotaciones de sus Jefes, el maltrato que se les daba. No sólo insultaban su honor de militar y su honra de ciudadanos entrando á saco á los tesoros públicos, sino que, como sanguijuelas arrancaban con mil bajos pretextos la ración del pobre y abnegado soldado; en esa situación, ¿como no desear el que alguien quitar de sobre ellos tanto peso? En el General Terán encaraban todas sus aspiraciones franca y sinceramente concebidas por su Patria y por si mismos, él había compartido con ellos, más de una vez, las fatigas azarosas de campaña; él como ellos, habían pasado por los mismos peligros; ellos y él habíanse calentado después de los combates al derredor del mismo vivac. Tenían, pues, plena confianza en él y él en ellos.

El día 30 de Junio doña Isabel Palacios de Espinosa Coronel, con la señora Regina de Moreno, mi esposa, se dirigieron á la quinta en que tenía su residencia el General Terán, mas que para visitarlo, con el propósito de tender á que dicho General se uniese con el Presidente electo, por cuanto estaba fuera de duda, desde ese entonces, que el apoyo de un militar de prestigio era de imprescindible necesidad, como los hechos posteriores lo demostraron. En esa entrevista, le manifestaron que yo les había mentado algo al respecto, anticipándome á que era más que probable, que él, secundaría la acción popular de la constitucionalidad. El, galantemente les contestó, que pretendía sostener la constitucionalidad como desde antes lo tenía resuelto con los suyos. A esto obedeció la carta arriba citada.

¡Extraña coincidencia! A fines del mes de Junio el General Terán fué invitado por el General Flavio E. Alfaro para una conferencia; Terán consultó con nosotros sobre si debía ó no acceder, como también sobre su inconveniencia. Por consejo nuestro y por convicción de él mismo, se negó á dicha conferencia, inconducente para el distinguido General Terán, dadas las miras políticas y el conocimiento que tenía del General Flavio Alfaro. El sábado 10 de Julio, por la mañana, tuvo una larga entrevista con el que esto escribe, sobre

la marcha de los preparativos y sobre la llamada al servicio del Comandante Luis Quirola. ¿Contra quién le lanzarán á éste?, dijo el que iba á ser víctima después de dos días. Quirola fue llamado al servicio cuatro días antes del asesinato del General Terán. Para no dar lugar á la conferencia, á que nos referimos, se fué el mismo sábado por la tarde, á Chillogallo acompañado del señor Daniel B. Hidalgo, bastante amigo suyo, á insinuación del doctor Bermeo, don Leopoldo Narváez, Comandante Piedra y otros; pues, se temía ya por la vida de nuestro ilustre amigo: sus enemigos habían jurado hacerle desaparecer, (el mismo me dijo en la conferencia del sábado), era un estorbo para los ambiciosos vulgares, hacía sombra como esos árboles seculares de la selva á tanto pigmeo miserable. Allí permaneció hasta las 8 a. m. del lunes fatal. Ese lunes del criminal acontecimiento, debía tener una entrevista política en casa de don Leopoldo Narváez, á las 11 a. m.; fue allí, á las 2 p. m. se dirigió al Hotel Royal la víctima con el doctor Bermeo, á visitar al doctor Colina. En el zaguán de dicho Hotel, se encontró con el Comandante Rivadeneira á quien se le acercó á saludarlo. Entonces viene el momento trágico, indescriptible para mí: el cobarde asesinato de la cabeza del movimiento patriótico, con tanta violencia y tan intempestivamente, que hizo imposible toda defensa. Mataron al amigo, al gran patriota, al que iba á romper la noche desesperante de la tiranía alfarista. No quiero describir este suceso funesto y cedo mi pluma humilde y desautorizada á otros más aventajados que yo. Aun vive intensamente ese fantasma doloroso, que me roe las entrañas quitándome la vida, llamándome al recuerdo de mi amigo; aun siento agitarse todas las fibras de mi ser, al peso aplastante de desgracia tan honda; aun lloran mis ojos la pérdida del compañero de 30 años.....!

Trepidó vacilante mi confianza á la muerte del Gral. Terán. Desesperado y medio muerto, dudé un instante en seguir la obra magna ya iniciada, pero de súbito, con la reacción de las grandes emociones, en la capilla misma, donde se velaban los restos de mi amigo, tan

noble como infortunado, juré, en compañía de los miembros de ese cenáculo sagrado, no desmayar por la desgracia acaecida y seguir con ímpetu de ciclón, con fe de fanatismo los trabajos de reivindicación ya principados.

Felizmente sus amigos más íntimos, Dr. Bermeo, Leopoldo Narváez, los Jefes Comdte. Piedra, Darquea, Rubén Estrada, Capitán U. Naranjo y yo, éramos poseedores de sus secretos políticos, de sus esperanzas de liberal patriota y con los ojos fijos en la Ley Suprema nos dijimos: ¡Si ha muerto el amigo salvemos á la Patria del abismo á que le empuja la ambición y miseria de espíritu de Alfaro y sus sicarios!

Nosotros, sus amigos, desechamos los honores militares ofrecidos por el Edecán del Presidente, á su nombre; mas, como el General Terán era algo más que querido por los soldados del Ejército, cedimos á las súplicas sinceras del soldado abnegado y amante del bien de su Patria, como también, porque se trataba de una cosa que se rozaba íntimamente con nuestros trabajos de constitucionalidad, pues los que pedían acompañar hasta la mansión de los muertos al cadáver del distinguido extinto, eran nuestros correligionarios en política, nuestros sostenes resueltos para la coronación de nuestros ideales.

Al inhumar los restos del ilustre docto General, en medio de sinceras lágrimas de dolor, de consternación general y de lapidarias frases pronunciadas en momento tan solemne por lo fúnebre y triste, habló desde la tribuna junto al catafalco breves pero expresivas y patrióticas frases, llenas de virilidad y promesas el Dr. Carlos A. Bermeo, joven patriota infatigable. en las que, auguraba el pronto amanecer de un dichoso día para el Ecuador, por su Liberación reivindicadora. El Dr. Bermeo, juró é hizo jurar, á todos los presentes para salvar á la Patria. Cualquiera hubiera creído que esos arranques de indignación patriótica, salida de los labios del joven abogado eran lirismos huecos, vacíos de sentido, brotados al calor del entusiasmo angustioso del momen-

to y muy lejos de realidad tangible y palpable. Falta apenas un mes cuatro días para que se realizara aquello que muchos juzgaban imposible de efectuarse.

El domingo 9 de Julio, después de despertar como de un sueño macabro, á insinuación mía, resolvimos con el General Franco, el Dr. Carlos A. Bermeo y Leopoldo Narváez conferenciar en mi casa y tratar de continuar los trabajos empezados, de cuyo secreto éramos depositarios. En ella resolvimos dar mayor impulso, sin desmayar un instante, á los trabajos avanzados ya, por esos días; atizar el fuego del entusiasmo en los jefes, sargentos y soldados que estaban al tanto de los preparativos, dar en suma, una voz de aliento á nuestros compañeros de reivindicación. Como se nos informase que se necesitaba revólveres para guardarse cada uno de nosotros de las asechanzas de nuestros enemigos políticos, acordamos, cuanto antes, conseguir la cantidad necesaria para este objeto.

A la muerte del General Terán, la caja de operaciones no contaba con un solo centavo. El 18 de Junio el General Franco dio cuarenta sucres, cantidad que se distribuyó, figúrese el lector, en fracciones irrisorias entre algunos clases y soldados para compra de rewólveres. Este dato es el más elocuente testimonio de que el Ejército que hacía la guaranía en Quito, como todos los demás, no se pronunciaron por el vil interés, ni en obdecimiento á algo deshonroso é indigno que le cubra de baldón al Ejército ecuatoriano y que se traduzca por compra ó algo parecido, sino por convicción íntima de que, el soldado no se hizo para ser vil instrumento de la tiranía degradante, sino para ser guardián de la Constitución y las Leyes de la República.

Estaban latentes en el pecho del soldado profundos sentimientos de respeto á la Ley é Instituciones de la República, de solidaridad con el pueblo, con ese gran niño que sólo quiere que no lo opriman ni le exploten demasiado, que se hace justicia únicamente quitando de sobre sí á sus opresores y per-

donándolos, con generosidad indecible, su vida y sus derechos para verles remorderse como réprobos en el ciclo de donde salieron. El pueblo todo, consciente á pesar de la languidez moral causada por el Alfarismo, de cuanto le pesaba y de cuanto se cernía sobre su cabeza, como nubes amenazantes de mayores desgracias, estaba listo, á secundar el movimiento, que con sus hermanos de cuartel, debían un día ú otro llevarlo á cabo para cimentar las instituciones, afianzar un buen Gobierno con la honradez y consolidar la paz, pero no esa paz de Necrópolis con mordaza en la boca y látigo en la espalda, sino aquella paz concebida hasta aquí, como risueña esperanza, esa paz de que gozan los pueblos cultos como la culta Albión, esa paz brote espontáneo de la conciencia popular.

Los trabajos en los cuarteles seguían su curso rápidamente: el Sr. Leopoldo Narváez y el Dr. Bermeo se entendieron con los jefes Darquea, Piedra, Rubén Estrada, U. Naranjo y los Sargentos, motores principalísimos en el derrumbamiento del ruinoso gobierno Alfarista, en el hundimiento y muerte de ese criminal sistema de administración que desapareció para nunca más volver. Llegó á Quito, por esos días, del mes de Julio, procedente de Guayaquil, el Sr. Víctor Emilio Estrada, trayendo instrucciones de su padre sobre la política que debía seguirse para evitar la extensión del cementerio ruinoso de las libertades públicas y de los derechos individuales. Su primera entrevista fue con el General Franco, á quien, á nombre de su padre, ofrecióle la Cartera de Guerra y Marina durante el período constitucional que debía iniciarse el 31 de Agosto. Esta oferta la sabía el General Alfaro, quien manifestó, con sonrisa en los labios, al General Franco su complacencia por tan buena elección; aun llegó á decirle que él mismo, antes de bajar de la presidencia (era en lo que menos pensaba) le entregaría dicha Cartera, por cuanto si bien el Dr. Martínez Aguirre le servía á *satisfacción*, era seguro que renunciaría, como lo hacía frecuente-

mente, para darse importancia, y entonces, sí, sería aceptada, asegurándole más, de esta manera, la consolidación de su gobierno á don Emilio Estrada. [sic] Agregó, además, que si él—Don Eloy Alfaro—había reunido por esos días el Congreso Extraordinario, era con el único fin de que le nombrasen General en Jefe del Ejército, para así sostenerlo más fácil y seguramente en el poder al Sr. Estrada. Víctima ya de juegos infames de los Miembros de la Camarilla y de su indiscutible Jefe, su hijo conferenció con los señores Dr. Carlos A. Bermeo, Don Leopoldo Narváez y con el núcleo militar ya conocido, repetidas veces, siempre sobre asuntos de política y sobre el estado de la preparación militar que debía dar al traste con la pretensa dictadura. Tuve ocasión de ofrecerle mis servicios de amigo al joven Estrada en casa de Don Carlos Espinosa Coronel; la señora Isabel Palacios servía de lazo de unión entre los patriotas, frecuentemente citados ya, y el señor Víctor Emilio Estrada. Por medio de la misma matrona me hizo proponer á nombre del Presidente electo la Cartera de lo Interior. Yo, con la sinceridad é hidalguía de todos mis actos, me negué rotundamente porque desconfiaba, como desconfío, de mis fuerzas para una cosa superior á mis alcances y porque los insignificantes hechos realizados en favor de mis ideas políticas, durante mi vida humilde de patriota, han sido sólo y exclusivamente para dar satisfacción á mis ideas y deseos y en cumplimiento de un deber siempre sagrado para mí, mas nunca esperando recompensa. Para la exaltación de Don Eloy Alfaro he contribuido con mis fuerzas, ambas veces que, para mal de mi Patria, el destino, en sus inescrutables arcanos, quiso que viniera á ensombreser la Historia. El General Terán y yo, más de una vez, nos acusamos de una mancha que nuestra conciencia á voz en grito nos decía: lavadla; restituíd la tranquilidad á la República.

Esa culpa política, inconscientemente cometida, fue el haber contribuido á que regresara al poder

el hombre más funesto, sin disputa, que ha tenido el Ecuador, (Todo el mundo conoce el papel que desempeñó el General Terán en la transformación de 1906). Mal podía yo aceptar un cargo, para el cual, me conocía inadecuado, menos aún, en forma de premio á mis servicios. En uno de esos mismos días tuvimos el valiente joven Estrada y yo una larga conversación política en mi casa: en ella tratamos del programa político de don Emilio Estrada, el cual dicho sea de paso, según la convicción del distinguido joven, debía comprender la separación completa del personal alfarista y la exclusión del conservatismo; del estado de los preparativos de cuartel y de la necesidad que se tenía de un poco de dinero para gastos generales y de revólveres. Al despedirse me expresó la satisfacción que sentía él, y por tanto su padre, de haber alcanzado tantas valiosas prendas en el campo de la amistad: signos seguros del éxito político anhelado.

La conspiración flavista avanzaba á grandes pasos; era de dominio público la compra de los Miembros de un Congreso de áulicos (á excepción de unos pocos) para que, yéndose contra todo principio de justicia y equidad anularan las elecciones de Enero. La cuestión política se redujo á simple cotización humillante de espíritus serviles, sordos á sus deberes de ciudadanos y representantes del pueblo. Todo el mundo se decía, «el que dé más, ese vencerá», palabras que por sí solas, indican la degradación á que habían llegado los hombres de la política alfarista. Aun sin el más pequeño recelo, en el seno mismo de las Cámaras Legislativas, firmaban la mayor parte de los Diputados y algunos Senadores, un compromiso solemne, en el cual, empeñaban su palabra de *hombres honrados* para dar sus votos por la nulidad de las elecciones. Ni siquiera tuvieron pudor en ocultar su cinismo y mala fe. Cada día ahondaban el abismo al cual iban á empujarlo á don Emilio Estrada: flavistas y eloicistas. Se tenía como una cosa evidente, clara como la luz meridiana de

nuestro sol tropical, el advenimiento del analfabetismo con el General Flavio á la cabeza. Desesperados con tan apremiante situación, pues, sabíamos punto por punto, los pasos dados por el flavismo y sobre todo, por don Eloy Alfaro, tuvimos una entrevista los Sres. Gral Franco, Ernesto Franco y yo el día domingo 23 de Julio; en ella acordamos llamarlo inmediatamente á don Emilio Estrada para que con su presencia aquí, contrarrestara el avance creciente de la ola encenegada de tanta iniquidad. Fuíme inmediatamente en busca del Sr. Carlos Espinosa Coronel; no lo encontré, porque habíase ido á un pueblo muy cercano á la Capital (La Magdalena); entonces, me tomé la libertad de citarlo en nombre de dicho señor, á don Emilio Estrada para una conferencia por teléfono; eran ya las 7 p. m. y aún no sabía el Sr. Espinosa Coronel de qué se trataba; le hice saber no sin dificultad, á dicho señor de la conferencia que debía tener lugar. Antes de las 8 p. m. el Sr. Víctor Emilio Estrada estaba en la oficina de Guayaquil esperando la conferencia. Su padre no había concurrido á la cita por encontrarse enfermo. La conferencia se redujo á llamarlo á su padre urgentemente á esta ciudad, pues su presencia era algo más que necesaria y se le previno que viniera escoltado: ya sabíamos, que al venir don Emilio, los flavistas lo recibirían mal y previne también al Sr. Espinosa para que indicara á los comités del tránsito y al de aquí, que se preparen para hacerle una buena manifestación, les expresé que si no tenían dinero, yo les daría mi firma para que lo consiguieran. Don Emilio Estrada, en efecto, llegó á Quito el jueves 26 del mismo mes; no pudo emprender su viaje antes, por estar quebrantada su salud. Al otro día de su llegada, el General Eloy Alfaro y su Camarilla se dirigieron á la casa en donde se encontraba en cama el Presidente electo, con el firme propósito de pedirle que renunciase. ¡Qué cinismo! Después de rodeos y circunloquios y convencidos de que la resolución de don Emilio no era para que aceptase

tan humillante propuesta, se callaron y no llegaron á decirle la causa que les había llevado cerca de él; y se limitaron únicamente á preguntar por su salud, pues D. Eloy díjole que un médico americano de prestigio, habíale asegurado la inconveniencia de permanecer en Quito, dada la enfermedad de que adolecía, que por tanto, se veía amenazada su vida, debiendo él—don Emilio—evitar este peligro. El Sr. Estrada con firmeza y virilidad contestó: «General, no me importa mi salud; lo que me interesa es la salud de mi Patria tan desgraciada y próxima á su ruina»; hasta este momento, el Sr. Estrada estaba convencido que las palabras salidas de los labios del General Eloy Alfaro, por repetidas veces, sobre el apoyo para el triunfo definitivo y para su ascensión al Poder eran verdaderas, cuándo en realidad no pasaban de ser mentiras y patrañas indignas en un hombre que tiene en algo el honor y la verdad. A los tres días de este rudo golpe, dado por su amigo desleal, vióse con el General Franco y su hijo Ernesto; el mismo día conferenció conmigo en casa de doña Isabel Palacios: me expuso su convencimiento, por desgracia tardío, del juego de bolas preparado en la Casa Presidencial, agradeciéndome, al mismo tiempo, el que lo haya llamado para arrancarle el antifaz á su ingrato ex-amigo, con quien rompió definitivamente, para bien de los hombres altivos y honrados que habían permanecido alejados de su gobierno tiránico, pues así, y sólo así, subía al Solio Presidencial libre de todo compromiso que coarte la libertad bien intencionada de un buen mandatario; manifestó también, su confianza en nuestros trabajos militares para salvar á la Nación de un naufragio total: único medio decoroso de sostener la Constitucionalidad amenazada, porque si bien, se podía cotizar á mayor precio á los cuarenta y dos comprometidos para el sostenimiento del flavismo, era desdoroso é indigno aprovecharse de tal recurso. Como el Sr. Estrada me hablase de la consecución de dinero mediante alguna operación, me opuse á ello: pues era delatar-

nos, ofreciéndole que yo conseguiría dinero aquí. Así, pues; resolvió regresar á Guayaquil, una vez puesto al corriente de la situación en que se encontraban los preparativos en los cuarteles de Quito, para asegurar la Plaza de ese Puerto; que nosotros debíamos coronar la obra salvadora en esta Capital. El Dr. Bermeo, quien estaba presente también en dicha conferencia, en la cual fue presentado por mi al Señor Estrada, y yo le dijimos: «Váyase Ud. tranquilo que nosotros le respondemos por el éxito de esta Plaza. Déjelo al Sr. su hijo aquí.»

El Congreso Extraordinario, reunido ya, se convirtió en tumulto. Más de un Diputado salido del seno de la agrupación de garroteros, gente desvergonzada, sin nombre y sin conciencia, se puso á la cabeza de sus compañeros, provocando verdaderos bochínches en los salones mismos donde verifican sus sesiones los padres conscriptos y causando tumultos y asonadas en las calles. Hubo palizas, puñadas y balazos en la barra entre *tirios* y *troyanos*. Parecíame estar presente en los días agónicos de Bizancio, cuando los destinos del Bajo Imperio estaban en manos de unos cuantos espadachines audaces é insolentes. Esta ola turbia pasó rápidamente. A la tarde del día en que D. Emilio Estrada se dirigió de regreso á Guayaquil (31 de Julio) conseguimos que nos prestara 5.000 sucres el Sr. Dn. Nicanor Palacios al 10% de interés con el plazo de 90 días, garantizando con las firmas de los Sres. Víctor Emilio Estrada, Carlos Espinosa Coronel y la mía. La Caja de Operaciones—si la había—no tenía por aquellos días un centavo y los hechos se iban desarrollando de tal modo, que debíamos hacer, cuanto antes, ciertos gastos imprescindibles y necesarios, si se quería dar el golpe después de breve tiempo. La misma noche nos reunimos en casa del Dr. Bermeo, éste, don Leopoldo Narváez, los sargentos Benavides, Polo, Echeverría, Sr. Víctor Emilio Estrada, Belisario Gallo y yo para tomar las últimas medidas.

Al otro día, muy por la mañana, de los cinco mil sucres con que se contaba, se envió parte de esa cantidad al Norte con el patriota joven Fernando A. Cevallos,

quien llevaba también, comunicaciones relacionadas con los preparativos del movimiento. En Malchinguí tuvo una entrevista con el General Rafael Arellano, quien se encontraba en ese lugar, de paso á su hacienda «Pigunchuela», y él, le encargó una tarjeta para el Dr. Gonzalo Córdova que estaba en Ipiiales desterrado, relacionada con asuntos patrióticos. La tarjeta era el comprobante para que el señor Cevallos pudiera fácilmente hablar con el doctor Córdova; las palabras que le encargó decirle, fueron éstas: «si acaso tiene algún compromiso político y no puede apoyar la candidatura del señor Dn. Emilio Estrada, por lo menos, no estorbe, con ningún movimiento político que pudiera ser contrario á las miras que debía tener todo ciudadano honrado y respetuoso á la Ley». El General Arellano, ignoraba hasta el momento en que habló con el señor Cevallos, la actitud tomada por los hombres honrados y respetuosos á la Constitución. Dados los alcances del General Arellano, no se le ocultó que el señor Cevallos iba como agente á las plazas de Ibarra y Tulcán; siendo preguntado por el General Arellano, sobre este punto, no pudo menos que darle cuenta de lo que pasaba, desde que comprometió su palabra en sostener la constitucionalidad, en la persona del señor Emilio Estrada. El señor Víctor M. Romero, patriota desinteresado y altivo era el instigador importante que los amigos del Bien tenían en la ciudad de Pedro Moncayo, para dar al traste con las pretensiones imbéciles de Alfaro; á él debía entregarle parte del dinero que conducía y una carta el señor Cevallos, como en efecto así lo hizo.

Las cartas que conducía, eran dirigidas á Tulcán para los Sres. P. Celestino Acosta y Ezequiel Borja, infatigables en trabajar porque se respeten las leyes. Las gestiones realizadas por ellos, en el campo que se les había designado estaban avanzadísimas. El pueblo y el Ejército de esa Plaza, estaban dispuestos, en cualquier momento que se les indicase, á lanzar el grito salvador de ¡VIVA LA CONSTITUCION, VIVA LA LIBERTAD, VIVA ESTRADA! Al regreso, trajo algunas cartas, dos de ellas, para los Sres. don Emilio Estrada

y su hijo; la primera dirigida por los Miembros de la Unidad Militar acantonada en Tulcán y la segunda, por el Directorio Estradista de la misma Plaza.

Debe saberse por todos, que los Comités Electorales Estradistas de toda la República, á excepción del de Tulcán ignoraban completamente el movimiento en preparación. Era esta ignorancia, la consecuencia de un convenio celebrado entre los patriotas de Quito y el Presidente electo, por cuanto, las circunstancias lo imponían para el éxito de tan noble ideal.

El espíritu público lleno de duda y zozobra, permanecía intranquilo é inquieto, presentía algo indecible y tempestuoso. Como las corrientes volcánicas subterrestres que producen los cataclismos y hundimientos para sepultar entre ruinas á los vivientes, en la conciencia del pueblo se agitaban sordamente ciertos ímpetus que al desatarse son tormenta avasalladora. En este estado, la Junta Patriótica Nacional, lanzó un manifiesto que produjo una exaltación grande en los ánimos semi-adormecidos del pueblo; se inflamaron todos de entusiasmo, esperaba cada ciudadano en secreto, la primera ocasión, el primer signo propicio para derrocar todo aquel castillo de naipes forjado por los enemigos de la Patria. Se había esperado demasiado el amanecer venturoso para que tardase en venir. Toda la Nación, á la voz de ¡Alerta! de los viejos patriotas, quienes contemplaban abrumados la tempestad al desatarse se pusieron en guardia. Es un documento que figurará en la Historia. He lo aquí:

LA JUNTA PATRIOTICA NACIONAL,

A LA NACION:

En el Manifiesto que la Junta publicó en Octubre de 1910, se decía al terminar: «No podemos ya aplazarla» [la conclusión del litigio sobre límites.] Una de las poquísimas faltas que cometió Sucre durante su

vida inmaculada, fue la de no haber puesto á Colombia en posesión de todo el territorio que le pertenecía.

«Desde el año 1830 el Perú comenzó á ocupar paulatina y furtivamente el territorio oriental, oyendo como oír llover las reiteradas protestas del Ecuador; y alega ahora como título la pretensa posesión».

Inhibióse poco tiempo después el Real Arbitro, y aunque el Pueblo Ecuatoriano se libertó del grave peligro de que el Monarca Español aceptase el proyecto que, escrito por el Consejo de Estado, despojaba al Ecuador de casi todo el territorio oriental; no ha sabido aprovechar de su situación; pues permite que el Perú continúe, de hecho, usurpándonos todo el territorio. Pudiera juzgarse que el Perú ha triunfado en el litigio, y que pone en ejecución la sentencia favorable. Los ecuatorianos, y en especial el Gobierno, miran ahora con la más punible indiferencia tan trascendental asunto. Preocupados de la política interna, olvidan el glorioso proceder de principios de 1910, cuando todos se proponían ofrendar á la Patria sus bienes y su sangre. Há llegado ya la hora de despertar de tan funesto letargo y emplear todos cuantos medios, lícitos y decorosos, conduzcan á que el Ecuador recupere los territorios que por títulos incontrovertibles le pertenecen.

Para conseguirlo es de todo punto necesario que, conservándose inalterable el orden constitucional, se trasmita la Presidencia de la República á la persona que, efectuado por el Congreso el respectivo escrutinio, obtenga la mayoría absoluta de sufragios, ó á falta de ésta, la relativa.

La Junta Patriótica Nacional se ha impuesto, y con indecible sorpresa, de que algunos Senadores y Diputados pretenden anular en su totalidad las elecciones de Enero, alegando que no hubo en ellas la libertad garantizada por la Constitución.

Los ecuatorianos recuerdan bien que la Junta se dirigió al Gobierno insinuándole que el buen éxito de nuestra contienda de límites con el Perú exigía amplísima libertad electoral, para que los pueblos elevasen á la Presidencia de la República al más benemérito de los

ciudadanos. La insinuación, á decir verdad, no fue escuchada; y, observándose la práctica constante, el Ejército fue el único elector, como también lo fue de los actuales Senadores y Diputados.

Pero ya no podemos rastrear si se contravino á la Constitución impidiéndose la libertad de sufragio, porque la misma Constitución no lo permite. Los Senadores y Diputados que se proponen anular la elección proceden sobre el supuesto, erróneo, absurdo, peligrosísimo, de que el Congreso es soberano absoluto. En la República no hay más soberano que la Nación. El artículo 4º del Código fundamental distribuye el Gobierno en tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial; y añade: «CADA UNO EJERCE LAS ATRIBUCIONES SEÑALADAS POR LA CONSTITUCIÓN Y LAS LEYES».

¿Y cuáles son las del Poder Legislativo cuando se trata de elección de Presidente de la República? Veámoslo.

Según el artículo 56 del Código fundamental, «Las Cámaras se reunirán en Congreso:—1º Para verificar el escrutinio de los Registros y declarar legalmente electo Presidente de la República, al que hubiere obtenido la mayoría de votos, conforme al artículo septuagésimo segundo de esta Constitución».

Y según el artículo septuagésimo segundo, «El Presidente de la República será elegido por votación secreta y directa, conforme á la Ley de Elecciones. El Congreso verificará el escrutinio y declarará la elección á favor del ciudadano que hubiere obtenido la mayoría absoluta de votos, ó en su defecto la relativa. En caso de igualdad de sufragios se decidirá por la suerte».

Nada más claro ni más terminante. Cuando el Congreso procede al escrutinio, es un tribunal que debe aplicar la Constitución y las leyes, que le prescriben, insistimos en ello, una á una sus atribuciones.

Ahora bien, el artículo 72 de la Constitución se refiere implícitamente á la ley electoral, que en su artículo 53 enumera los únicos casos de nulidad: «Son

nulas las votaciones en las elecciones populares, en los siguientes casos:

1º Si las elecciones no se han verificado en el día y hora que al efecto determine la presente Ley;

2º Cuando no se hayan verificado en presencia de la totalidad de los vocales y del Secretario que componen la Junta Parroquial;

3º Cuando hay señales manifiestas de falsificación ó violación de los Registros en que constan los votos; y

4º Cuando se hayan recibido votos de personas que no están inscritas en el Registro electoral».

No determina la ley otros motivos de nulidad; y si la hay, se invalida, no la elección de Presidente de la República, sino el respectivo registro: «Son efectos de las nulidades de las votaciones y registros de éstas» dice el artículo 56, «no ser tomados en consideración para el escrutinio general los Registros de votos que tuvieren esos vicios, y ser juzgados los individuos que los cometieren».

Y finalmente el artículo 67 arranca de raíz las controversias sobre elecciones, que no se funden en el artículo 53: «Fuera de los casos que puntualiza esta Ley, como causa de nulidad de las votaciones en las elecciones populares, la falta de cualquier otro requisito legal, no produce nulidad de dicha votación; pero esto no exime de responsabilidad á las personas ó corporaciones que hubieren faltado á dicho requisito».

Luego, nada significa el argumento de que el artículo 26, número XIII, de la Constitución garantiza la libertad del sufragio, y que en las elecciones de Enero esa garantía fue violada. No desconocemos, como republicanos, que el sufragio libre es la principal de las bases del Gobierno, si éste ha de tener su origen en la voluntad del pueblo. Pero la Constitución y las leyes no facultan al Congreso para declarar nula la elección íntegra á pretexto de que se hubiese violado aquella preciosísima garantía. La violación acarrea grave responsabilidad criminal, y al Congreso incumbe ordenar el juzgamiento de los culpados.

Evidentísimo, pues, que en el casi imposible evento

de que el Congreso declarara nula la elección de Presidente de la República, fundándose en que ella no fue libre, el Congreso mismo sería quien violara la Constitución que aparenta respetar, y procediera, no en ejercicio de sus atribuciones, sino guiado por una política insidiosa que originaría una revolución de cuartel ó una dictadura.

Y decimos EN EL CASI IMPOSIBLE EVENTO; porque si una reducida minoría, desoyendo los consejos del bien público, pretende tal nulidad; la mayoría no vacilará en cumplir sus importantísimos deberes, aunque ellos estuviesen en contradicción con sus intereses de partido.

El Ecuador no puede aceptar la revolución ni la dictadura. La revolución es un escándalo que nos deshonra. Derrámase á torrentes sangre, lágrimas y caudales; piérdese el crédito; la Nación retrocede siglos.

¿Dictadura? Que vergüenza pronunciar esa palabra en una República á principios del siglo XX! El déspota, como dice Thiers, no es sino esclavo de cualquier esclavo que sabe lo que él ignora.

Confiamos en que prevalecerá el patriotismo y el buen sentido sobre las locas ambiciones; y nos permitimos pedir á los Poderes Públicos que consideren la desastrosa catástrofe que sobrevendría al país si sus actos se apartaran en esta vez de la inflexible norma que le señalan la Constitución y las leyes.

Confiamos también en que el Ejército, fiel á su juramento de ser el guardián incorruptible de nuestra Ley Fundamental, no se prestará jamás á planes liberticidas que tengan por objeto impedir la pacífica y legal trasmisión del mando.

En resolución, si atendemos á nuestra controversia sobre límites con la República del Perú, controversia en que está ligado el porvenir del Ecuador, nada más punible que el mero proyecto de alterar el orden constitucional declarando nulas las elecciones de Presidente de la República; porque ello acarrearía la alarma é irreconciliable división de los ciudadanos. Y si por desgracia el proyecto se convirtiese en negra realidad, la

Nación contraería el estrictísimo deber de recuperar sus derechos, conculcados por los mismos Poderes á quienes se encomienda garantizarlos. Los ecuatorianos todos deseamos fervientemente la paz; pero no podemos, á fin de conservarla, sacrificar nuestra honra, nuestra libertad, nuestras instituciones, aceptando una **DICTADURA QUE CONVIERTA LA REPUBLICA EN FEUDÓ**. Entonces, cada uno tiene de ser soldado para defenderla, so pena de incurrir en el crimen de traición y de llevar en la frente la marca de infamia como reo de lesa patria.

Quito, Julio 30 de 1911.

Luis F. Borja.—*Federico*, † Arzobispo de Quito.
—*Carlos Casares.*—*José J. Andrade.*—*Joaquín Gómez de la Torre.*—*Carlos Pérez Quiñones.*—*Leopoldo Pino.*—*Quintiliano Sánchez.*—*Pacífico Villagómez.*—*Luis F. Borja* (hijo), Vocal Secretario.—*Celiano Monge*, Vocal Secretario.

NOTA.—El señor doctor don Carlos Freile %, Vocal de la Junta, se abstuvo de suscribir el anterior Manifiesto por ser Presidente de la Cámara del Senado.

Al día siguiente fuime por tratar de asuntos políticos á la casa del doctor Bermeo y lo encontré que acababa de redactar una valiente adhesión á este Manifiesto de la Junta Patriótica, y que la iba á lanzar á la publicidad con su nombre; entonces me permití insinuarle la conveniencia de que no firmara ese documento y que más valía que entregue á algunos amigos para que lo firmaran, porque de ese modo el doctor Bermeo estaría sin llamar la atención de las personas contra quienes conspirábamos. Mi indicación fue aceptada y esa adhesión circuló pocos días después, llena de respetables firmas.

Estamos en los primeros días de Agosto.

El 2, 3, y 4, nos reunimos en casa del General Franco, los señores Víctor Estrada, Ernesto Franco y yo; el

4 en casa del doctor Bermeo éste, don Leopoldo Narvaez, Víctor E. Estrada, los Jefes comprometidos y yo. En aquellas entrevistas dimos los últimos toques á nuestra obra redentora. Tratamos de los medios por los cuales se podía evitar el mayor número de víctimas; de una manera especial, se discutió los modos de salvar las vidas de los verdugos del pueblo para que caiga la sanción merecida sobre ellos y vivan remordiéndose por sus malas acciones; porque nosotros, los verdaderos liberales, concebimos la sanción, de muy diverso modo que los tiranos, terroristas y los déspotas. Estaba resuelto ya, salvar á la República de la Dictadura por medio de un golpe de cuartel, que al mismo tiempo se compadezca con la Ley Suprema; es decir, que todo el fin del movimiento se condensaba en derribar al déspota y los suyos.

Los clases y soldados estaban listos y resueltos para que con el pueblo, unido á ellos, reivindicquen las libertades y derechos tantas veces violados. Restaba solo estudiar maduramente el plan ó planes que debían adoptarse, dadas las circunstancias político-militares. Por el momento se resolvió esperar que se lanzaran á la Dictadura, para contestarles á balazos. Hubo muchos proyectos de pronunciamiento, sustentados en especial, por los cuatro Jefes, alma del movimiento.— Piedra, Darquea, U. Naranjo y R. Estrada,—los que fueron estudiados detenidamente en las conferencias habidas en los días 4 y 5 de Agosto en casa de don Carlos Espinosa Coronel á las que asistieron los mismos precitados. Las situaciones militares que podían presentarse eran estas: ó Flavio Alfaro con su primo Olmedo se lanzaban á la revolución con el ejército que creían tener á sus órdenes, en cuyo caso eran recibidos á balazos y castigados sus secuaces; ó el Congreso declaraba nulas las elecciones de don Emilio Estrada ó lo hacía á don Eloy Capitán General, en tales casos se los disolvía á balazos como Cronwell al largo Parlamento para enseñarles la dignidad y el patriotismo que conocían solo de nombre; ó desarmaban al N^o 4^o; entonces se resistían secundados por los demás cuerpos y, por

último, si Alfaro se lanzaba á la Dictadura, morían él y sus cómplices, á manos del Ejército y el pueblo. Todo se había previsto como lo requería la gravedad é importancia del asunto, pues á más de que si fracasaba, el Ecuador se convertiría en un inmenso campamento y se derramaba torrentes de sangre hermana, en momentos en que estamos en el deber de economizar hasta una gota, se arriesgaba la vida de los patriotas, tanto de los jefes, oficiales y soldados, como de los instigadores, y, menester era no omitir esfuerzo alguno para asegurar el éxito tanto más, cuanto que Alfaro, el eterno montonero y revolucionario era el mismo hasta en el poder y disponía de mil medios para que en un momento, se destruyera gran parte de nuestros trabajos lenta y pacientemente ejecutados. Se acercaba los momentos supremos para constitucionales y dictatoriales, para amigos y enemigos de la Patria. Los *Flavistas* y *Eloicistas* creían que estaban terminados sus castillos, para en un momento dado, á toda la República distraerla con aquello que todo el mundo sabía más ó menos. Los patriotas, los defensores de la Constitución y los principios democráticos, en cambio, minaban y minaban con paciencia apostólica el carcomido edificio de la tiranía, como en los primeros tiempos del cristianismo sus neófitos, con sus esfuerzos todos, quitaban cada cual una piedra de la caduca Roma, mientras en las alturas sociales é imperial se soñaba aun, con gladiadores y festines neronianos. La bomba estaba llena ya de dinamita y podía estallar; los revolucionarios del poder—cosa rara en todas partes menos en mi tierra—con los ojos siempre abiertos, buscaban el momento más propicio para el desarrollo de sus planes, la circunstancia que pudieran aprovecharse para empujar á los acontecimientos y quedarse sentados en las alturas, muy escarpadas por cierto, del poder; unos y otros se aprestaban para la lucha; los primeros con sus preparativos públicos, esto es, los alfaristas: flavistas y eloicistas y los otros, ocultando sus gestiones en el secreto y el silencio. Los esbirros de Alfaro temerosos acaso que en las profundidades del misterio exis-

tiera obreros del bien, para hacerlos volar, el momento menos pensado, con sus proyectos de infamia y arrojarlos del gobierno, creyeron llegado el momento, preciso y resolvieron dar el golpe de gracia. En efecto, en medio, de ese malestar y zozobra generales, por las expectativas sombrías que se dibujaba, con caracteres siniestros, los esbirros de Alfaro, con descaro y desvergüenza sin igual, lanzaron el reto de comedia al Presidente electo creyéndose dueños del terreno. El 7 de Agosto se aumentó, como era natural, la agitación del público, á causa del famoso telegrama ultimatum que con amenazas torpes exigían la renuncia de la futura Presidencia. El General Alfaro pensó no haberse equivocado como lo creía en Diciembre; esto es, pensó que don Emilio Estrada á la menor insinuación renunciaría. Creyó que si esto no sucedía, ante una imposición torpe como cínica, cedería como un niño temeroso. El telegrama en referencia, constituye el comprobante más palmario del grado de corrupción á que se había bajado. El, por sí solo, es el más grande baldón, el acto más infamante para don Eloy Alfaro y sus esbirros, en especial, para los que lo suscribieron. Sus nombres los conservarán las generaciones del mañana, escarneciéndolos. Debe conocerse documento tan importante, por lo que en él están reconcentrados la maldad y la infamia, porque es la muestra más convincente de los espíritus serviles que se arrodillaban sumisos ante el despota grotesco. Helo aquí:

«Quito, á 7 de Agosto de 1911. Señor Emilio Estrada.—Guayaquil.

Ante la gravedad de la situación creada por la elección de usted, se ha reunido un grupo respetable de ciudadanos que apoyaron su candidatura á la Presidencia y nos han dado la comisión de dirigirle este telegrama.

Toda la prensa sostiene que el partido conservador lo apoya en masa; realizándose así las predicaciones de algunos liberales que combatieron la candidatura de usted, afirmando que gobernaría con los conservadores.

Hemos esperado que usted, leal con el partido que lo eligió rechazaría dignamente este apoyo, mostrándose superior á todo resentimiento personal, y confirmándonos en la convicción de que es digno de la primera magistratura. Pero el silencio de usted, sus actos últimos, las afirmaciones de la prensa que le es adicta evidencian desgraciadamente que está resuelto á servir de caudillo á una coalición enemiga implacable de los que quisimos elevarlo al poder. Sobre esta base prepara el conservatismo la reacción en todas las provincias, sin hacer misterio de sus preparativos; y predica ya el exterminio de todos los que lo elegimos á usted. Y como sus nuevos partidarios no lo son ni pueden serlo de verdad, se halla usted impotente para reprobar siquiera esa propaganda de muerte contra sus antiguos amigos, contra los que juntamente con Ud. han combatido siempre al sistema conservador.

Rotos así los vínculos entre electores y elegidos es decir, entre el partido liberal—radical y usted; puesta en peligro inminente la causa del pueblo por el bando conservador reorganizado, y que no necesita ya asegurarnos que cuenta con usted, la situación no puede ser ni más grave ni más violenta. La guerra civil va á seguir indefectiblemente de esta calamitosa situación; la guerra civil que, sin elevarlo á usted, arruinará al país, precisamente en los momentos en que todos los ecuatorianos debemos estar unidos para contrarrestar á nuestros enemigos exteriores que constituyen una amenaza inminente contra la integridad de nuestro territorio. De un día para otro se presentará de nuevo el conflicto internacional, como lo sabe usted y todo el país; en estos momentos, decimos, sería injustificable toda desunión y mucho más la guerra civil.

Errores y suspicacias de algunos, intereses y resentimientos individuales, no pueden justificar, señor Estrada, los males que se causan á la Patria; el patriotismo nos impone el deber de sacrificarlo todo, la vida misma, en aras del bien común. Patriota y buen ciudadano lo creemos todavía, y le pedimos, que su nombre no sirva de pretexto para la guerra civil, que abnegada-

mente salve á la Nación, pues en su mano está el hacerlo. Renunciar la Presidencia, devolviéndole al pueblo la facultad de elegir un nuevo Magistrado conforme á la Constitución, rehuzar así ser la bandera de una guerra fratricida sería digno de Ud., y le conquistaría un puesto brillante en la historia. Usted que siempre ha servido la buena causa, que ha sido mártir del patriotismo, que ha presenciado el sacrificio de radicales como el denodado Nicolás Infante, es muy capaz de dar hasta la vida por evitar el derramamiento de sangre de hermanos y la ruina de su Patria. Medítelo con serenidad y calma. Está usted en situación de mostrarse grande y ser bienhechor de la República, ó de arrastrarla á un abismo.

Si usted no nos da contestación antes del día diez entenderemos que rechaza nuestras patrióticas insinuaciones; y lamentaremos que por una aberración se haga responsable de todos los males que nos sobrevengan. Pero, si por felicidad somos escuchados por usted, suplicámosle que haga publicar, su contestación, en el acto.

Con sentimientos de consideración nos suscribimos de Ud. sus atentos compatriotas.

A nombre de «La Unión Liberal»,

[firmado] *J. Mora López.*

(firmado) *Cnl. Luis F. Andrade.*

(firmado) *Coronel Pasquel.*

(firmado) *Cdte. Federico Sánchez.*

(firmado) *Comandante Vinelli.*

Los ánimos quedaron más que nunca turbados de espanto por tan asquerosa pretención. ¡Exigir que renuncie la presidencia! qué descaro! ¡conceder 24 horas para su intento criminal como si hubiesen sido los dueños del rebaño, que manso pasa del Carchi al Macará! ¡qué torpeza!; creer que el soldado en quien palpitaban

sentimientos de honor y patriotismo secundaría el asesinato de la República ¡qué ceguera!... Se había principiado ya; más terminante declaración no podía darse. Los jefes de los cuerpos que hacían la guarnición en la Capital, es decir, Eloy Alfaro, eran los que firmaban el telegrama.

A este reto lanzado por la cobardía y la vileza, contestó D. Emilio Estrada con virilidad y entereza dignos de todo encomio, que hizo sentir en el espíritu público la satisfacción del cumplimiento de un deber sagrado. Ya hemos dicho; la atención pública seguía paso á paso el desarrollo de este proceso tan interesante, apoyando con sus secretos votos la causa del pueblo escarnecido; es decir, de sí mismo y, al encontrar en D. Emilio Estrada al hombre que se impondría ante los perversos que pusieron incensatamente la cimiento de la discordia, creyeron asegurado el triunfo del Derecho.

No se equivocaron....

El telegrama contestación en referencia es el siguiente:

«Guayaquil, Agosto 9 de 1911.

Señores, José Mora López y Coroneles Luis F. Andrade y Pasquel y Comandantes Federico Sánchez y B. Vinelli.

Quito.

Acabo de recibir y contesto el telegrama de ustedes, escrito én once cuartillas. La sola contestación que ustedes tienen derecho de esperar de un hombre honrado es la que les doy: NO, proceder de otro modo, sería vileza de mi parte. Si hay guerra civil será la obra de ustedes, no la mía, pues para evitarla fué que acepté la candidatura, contra mis conveniencias personales. Cualquiera otra fase que quiera darse á la transmisión del Mando es la guerra civil, aún la de nueva candidatura que ustedes pretenderían anular, cuando lo quieran, convirtiendo al Ecuador en eterno campamén-

to. El país sabe que mis relaciones con el partido conservador son solo un pretexto ruin para conseguir otros fines por los que inconcientemente van á despedazarse los liberales y, los autores de tal delito son ustedes no yó, cuya conducta política conoce el país entero por mucho que se haya multiplicado la calumnia y el dicerio con el determinado fin de inclinar en mi contra el criterio de los pueblos.

EMILIO ESTRADA».

III

Biblioteca Nacional

En los desiertos de arena como el Sahara, donde el aire es sofocante y de muerte. hay espejismos lejanos y oasis que turban la monotomía desesperante de esos mares de tierra; en los bandidos que resumen en sus almas, todo lo malo que hay en el hombre, causando el horror entre sus hermanos, existen rasgos de nobleza que amenguan en un tanto su maldad: respetan á la niñez coronada con la inocencia; respetan á la dibilidad en la ancianidad ó en la mujer. Hasta las bestias no salen de sus selvas para causar espanto entre los hombres, viven solitarias en sus cuevas; pero, hay hombres sacrílegos que son algo más que panteras, algo más que los bandidos de un camino, que no respetan el santuario donde á los hombres del mañana se les modela el espíritu con la educación; donde se les debe enseñar la virtud con el ejemplo, y, con salvaje cinismo y deprabado corazón, como buhos sangrentos se reúnen, á la luz semioscura de una lámpara, para así ocultar sus gestos macabros y matar á la República con la Dictadura; para engangrenar á la sociedad con la continuación de un gobierno escandaloso hasta en sus crímenes. En el Colegio Mejía, ¡qué descaró! estas aves carniceras que no merecen sino asco; se reunían para hacer del Ecuador el feudo eterno del tirano poniéndola un Inre en la frente de baldón

y vergüenza. Los jóvenes, en quienes hay sinceridad y buena fe en sus ideas políticas, oían con espanto y llenos de rubor los planes tenebrosos de ese grupo de almas negras... Ya los conocéis; en otro lugar de este opúsculo, están consignados los nombres de estos miserables. Continuemos: dos eran los sitios en donde conferenciaban los dictatoriales, la casa de don Abelardo Montalvo y el Rectorado del Colegio Mejía, sin duda, ofrecido por su Rector mismo, [era Rector el doctor Abelardo Montalvo]; estas conferencias se efectuaban casi diariamente y sabíamos todo aquello que se trataba en ellas. No había lugar á duda, ni aún en los espíritus optimistas, con signos tan claros, de que no sólo estaba trazado el camino resbaladizo y pendiente que conduce á la Dictadura, sino que se había empezado á andar ya, á grandes pasos para llegar á tan inicuo fin. Los colegiales del Mejía sabían lo que trataban esos hombres en su plantel; no tenían siguiera vergüenza en ocultar sus trabajos criminosos ante los futuros ciudadanos [1].

Sea porque los sayones de Alfaro hubiesen delatado en parte los preparativos de los patriotas; sea porque tenían sospechas los esbirros, en las personas que intervinieron en los trabajos encaminados en pro de la constitucionalidad; sea en fin, porque cualquiera otra circunstancia, eran ya, por los últimos días de Julio, vigiladas por los espías de la policía secreta del tirano las casas donde residían los señores Leopoldo Narváez,

(1) En el recuerdo de todo ecuatoriano deben estar grabados los nombres de los miserables Jefes, Oficiales y Consejeros de Alfaro, que, á cambio de un puñado de oro, se proponían sostener la Dictadura pisoteando su honor, si lo tenían. La historia recogerá sus nombres, los recomendamos á nuestros lectores, si los tenemos, graven en su memoria maldiciéndolos. (Los que á ciencia cierta sabemos que sostenían dicho crimen son: doctor Belisario Albán Mestanza, doctor Manuel Montalvo, señor Abelardo Posse, doctor Abelardo Montalvo, doctor Vicente Navarrete, Luciano Coral, Angel T. Barrera, doctor José Mora López, Coronales Luis F. Andrade, Carlos Timoleón Pasquel, Alejandro Kennedy, Comandante B. Vinelli, Comandante Guillermo Guarderas, Sr. Roberto Andrade, Sr. Francisco López).

Dr. Carlos A. Bermeo y el que suscribe. La vigilancia de los sicarios era aún más difícil de burlarla en los días de Agosto; de ahí que, se impuso la necesidad de hablar en la calle misma al encontrarse con los compañeros de labores sobre los asuntos que se habían tratado, ó resuelto furtiva y cautelosamente por los directores del movimiento. Así se los ponía al tanto á los miembros que tomaron parte en el golpe reivindicador y se burlaba la vigilancia de los espías. Cuando uno se ve rodeado de peligros en los cuales hay probabilidades de dejar la vida, se aguzza la fantasía y se ve en cualquier movimiento, en cualquier cosa, causa suficiente de perdición. De ahí nuestro cuidado, deponernos en guarda de la delación que en el tenebroso gobierno de Alfaro llegó á ser cosa corriente. En todos veíamos un delator, cuando no un enemigo de nuestra causa, ni era para menos la dolorosa y larga experiencia; verdaderas amenazas de muerte constituían cada miserable para todo ciudadano honrado. Por un momento, nos creímos perdidos; el Coronel Olmedo Alfaro á quien la Patria debe su ruina, en gran parte y su padre su desprestigio y su pésima administración, empezó manifestamente á vigilar en son de paseo la casa de mi propiedad en donde resido: los temores no podían ser más fundados, muchos individuos inquirían el mínimo movimiento de mi casa y las de los otros patriotas. Si pasaban muchos días, la causa de la libertad era perdida; pues, cuánta conspiración ha habido durante las dos administraciones de Alfaro que constituyen por sí solas la mancha más negra de nuestra Historia, han sido muertas en su cuna, á los golpes despiadados de la criminal institución alfarista de censura é inquisición. Los límites de este trabajo nos impiden entrar en consideraciones detenidas, sobre la base en que descansaba el gobierno de Alfaro: *la policía secreta*; pero con todo, apuntaremos brevemente en lo que consistió esta sombría institución del crimen. Para mí, es el termómetro con que se puede medir la corrupción social é individual á que había llegado el Ecuador en los dos períodos administrativos de Alfaro. Era el tonel sin fondo en el

que desaparecían ingentes cantidades de la Nación, que otro mandatario sensato y bien intencionado hubiera empleado en satisfacer las necesidades del Estado. Los espías y delatores; esto es, la infamia y la degradación eran pagados á manos llenas por el déspota: si una persona animada de venganza personal quería satisfacer sus deseos, forjaba un plan y á su enemigo lo hacía pasar como conspirador ante Alfaro; su falsía era premiada y la víctima de sus rastreras venganzas condenada á estarse meses de meses en una celdilla del Panóptico. Con este sistema inquisitorial, nada había seguro; hubo casos en que hermanos delataban á sus hermanos y lo que es peor, hijos entregaban á sus padres á las furias del ídolo de barro. Toda la sociedad estaba carcomida con esta polilla. En las clases altas, de bailes y recepciones había sus *dandis*, de ambos sexos, que husmeaban todo cuanto pasaba para dar cuenta al amo; en la clase pobre, en la proletaria acaso había más sinceridad y pureza. Pudiera citar nombres de personas que en nuestra sencilla sociedad les tienen como grandes señores, que constituían la alta policía. Tengo compasión de ellos y me callo, su mejor sanción es su conciencia.

Si fuese posible reducir á cálculo matemático la responsabilidad de cada individuo, por su influencia sobre los hechos que en política como en la administración se producen, como es natural, motivadas no por una sola causa ó razón de ser, sino en virtud, como consecuencia de múltiples y variadas condiciones y causas; yo diría que Olmedo Alfaro, hombre sin sesos y lleno de vanidad, sin mérito alguno y sin valor, es responsable del 99 por ciento de los actos ejecutados en el gobierno de don Eloy Alfaro. El empujó á su padre á más de un desafuero; por él, en especial, se exhibió la candidatura oficial de don Emilio Estrada y él mismo. ¡qué cínico! le hizo una guerra sin cuartel cuando creyó que no se compadecía con sus ambiciones; él atizó el fuego vanidoso de su primo Flavio, más que ningún otro, para que se alzase con el poder, si las circunstancias le venían propicias. A todo el mundo trataba como un sultán, con la punta de su bota; á más de un Mi-

nistro de Estado lo hizo separar; era omnipotente; uno de los Ministros de Estado del Viejo Luchador, llegó á decir «tenemos un Presidente y un Dictador, don Eloy, y su hijo Olmedo que manda más que él». Como todo hombre á quien la naturaleza no le ha adornado ni con una cualidad, creíase capaz de todo; pues á esto, no dudamos, obedece que desconociéndose á sí mismo, haya no sólo aceptado, sino lo que es más, pedido á su padre para que le envíe de *Embajador* á Estados Unidos, que de juzgarnos por él, tenían que formarse un bajísimo concepto de nosotros, suponiéndonos salvajes ó poco menos, como los cafres. Carece de cultura, no tiene ilustración ni la más rudimentaria, con todo esto, nos fué á representarnos en España y en el Congreso Pan-Americano de Río Janeiro ¡qué vergüenza para nosotros! La ignorancia de este *bizarro* coronel rebosa los límites de lo concebible: confunde ó confundía á la oposición que no se ha inclinado ni ante las amenazas de Alfaro (su padre) y sus esbirros, con los conservadores; para él Alfaro [su apellido ó su familia, no sé] es el liberalismo en sí, irse contra ellos es irse contra los principios de la Ley. (1) La Historia señalará con el dedo, de un modo preciso, hasta que punto es responsable en el mal gobierno del General Alfaro su hijo Olmedo.

Creímos desbaratados nuestros proyectos; se apoderó de nuestros espíritus rebeldes el desfallecimiento y la duda del triunfo: el día 7, por alguna indiscreción ó quién sabe? fueron apresados en los calabosos de la Policía y sometidos á torturas los Sargentos Miguel Jaramillo, Joaquín Rosero, Víctor Castillo, José Elías Espinosa de los monteros, los músicos José Benavides y José Flores y el cabo Alberto B. Gómez, todos éstos del Regimiento de Artillería Esmeraldas. Teníamos confianza en estos patriotas, que resistirían toda clase

(1) Este Coronel, me atrevo á decirlo, es la causa eficiente, el elemento principalísimo, para que su padre se resolviese á irse á la Dictadura, pisoteando la Ley y los principios, pero, ¿qué sabrá él de ley y de principios?

de inominiosas torturas, antes que confesar los secretos de que eran depositarios y vendernos á los demás confabulados. En efecto, desde el calabozo mismo, en donde estaba preso Benavides, incomunicado y cuidadosamente vigilado, envió un papel al señor Narváez en el que protestaba su adhesión incondicional á la causa de los patriotas; también, afirmaba que la confianza depositada en él y sus compañeros no sería desmentida nunca, ni ante el peligro de la vida. Con estas comunicaciones del valiente Benavides, se afirmaron más nuestras convicciones de confianza en la tropa; pero, con todo, no convenía dar tiempo al tiempo y resolvimos en la conferencia del 8 por la tarde, lanzarnos á empuñar las armas. Yo me dirigí á Pomásqui por la noche del mismo día, en pos del General Franco, quien se hallaba en ese pueblo con su familia; el 9 por la mañana, estuvimos de regreso él y yo. La presencia del General Franco era necesaria para dar con él, las últimas disposiciones militares, sin embargo de que dicho General, en más de una conferencia manifestó, que era menester, que Alfaro con los suyos, se lanzasen á la Dictadura para entonces dar el golpe. Nosotros, también pensamos de la misma manera; pero los hechos se desarrollaron de tal modo, que teníamos que dar el golpe lo más pronto, so pena de entrar en más dificultades y de que se disminuyesen las probabilidades que traía á nuestros ánimos la certeza del triunfo. Por la mañana del mismo día discutimos el General Franco, Dn. Víctor Emilio Estrada y yo sobre la conveniencia de dar ó no el golpe, el 10. El General Franco se declaró porque no convenía dar el golpe sino después de que ellos—los dictatoriales,—se lanzasen para justificar nuestro procedimiento. Por la tarde, tuvimos una junta general en la casa de don Carlos Espinosa Coronel, en la que se trató de dar el golpe el diez de Agosto, en momentos en que los cuerpos estuviesen en el Ejido, pasando revista. Unos sostuvieron, que el momento era propicio, porque el pueblo y los demás comprometidos tenían facilidad de armarse en la Artillería Bolívar y, porque se dijo, que Alfaro se debía proclamar Dictador en ese día. Noso-

tros, tanto para evitar en lo posible el derrame de sangre y la confusión, resolvimos no darlo ese día á menos que Alfaro insensatamente se proclamase Dictador, en cuyo caso, sí habría tenido lugar el pronunciamiento el 10 para castigar á los malvados al perpetrar su nefando crimen. Al efecto, los soldados salieron municionados furtivamente para el caso dado; el Comandante Piedra y el Mayor Ullauri debían estar listos en el Ejido, como lo estuvieron, para contrarrestar é iniciar el movimiento. Felizmente no llegó á efectuarse el anuncio popular de la proclamación de Alfaro. Así, pues, los hechos y las circunstancias hicieron que se resolviera dar el golpe de gracia, el 11 para cortar por lo sano las pretensiones del enemigo de la Patria y del partido, que se ha creído representar.

En las altas como en las bajas esferas de mi desgraciada Patria, hay canes hambrientos para quienes no hay principios ante los cuales todo espíritu recto se inclina de rodillas, ni moral política á la cual deben sujetarse los actos de todo hombre honrado, sus acciones van rectamente dirigidas al *sueldo*, al *destino*, es decir á un puñado de oro. Estos traficantes de la política, baten la cola cuando ven á una persona en quien puede su hambre esperar algún día recompensa. Políticos existen entre nosotros, que no pertenecen á ningún bando sino á todos, á cuantos hay ó existan, siempre que estén arriba y calmen su hambre insaciable. No entiendo, no puedo comprender como espíritus de la laya puedan tener tanta facilidad de adaptación, que como apóstoles hayan defendido á los *ultras*, á los progresistas, á los liberales, á la Dictadura, &c. Uno de tantos, es el señor Luis Felipe Carbo ex-Ministro Plenipotenciario en Washington, ex-censurado por el Congreso y por el pueblo de Guayaquil con el histórico «cállese» cablegráficamente trasmitido. [1] Debo recomendarlo: calculador insigne en esto de preveer quien subirá, esta vez, se equivocó del medio á la mitad. El

(1) Este Sr. estaba comprometido también en la Dictadura de Veintemilla ¡Quién será él!

señor Carbo ha sido uno de los incondicionales de Alfaro; algo más, consejero para inclinar el ánimo de don Eloy para que le entregase el poder á su sobrino Flavio. El señor Luis F. Carbo, un día de aquellos, memorable para todo ecuatoriano, en que en el mismo Congreso se rompía la ley con la proyectada nulidad de las elecciones de Enero, dijo en el Gabinete Presidencial á don Eloy: «la nulidad de las elecciones de Estrada es un hecho, General, por los abusos de los soldados en los 4 días eleccionarios, por haberse impedido al pueblo el acceso á las urnas. Todo el mundo quiere que Flavio Alfaro suba al Poder, el es mi Presidente; los Miembros del Congreso, el Ejército, el pueblo lo desean». No omitía ocasión para influir en el ánimo del Viejo Caduco, en favor del General Flavio. Sentíase yá Ministro del sobrino General; era el apóstol del Flavismo.

No condeno las opiniones políticas ni religiosas de nadie, siempre que sean sinceramente concebidas y sentidas, pero condenaré siempre que contra la hombría de bien y la honradez, se tenga *principios y opiniones* si así pueden llamarse, animados por el interés y el logro de sus pretensiones. Siempre condenaré á los nuevos fariseos de su conciencia y de su nombre. [1]

Hemos conservado como muestra una de tantas cartas que dirigidas por Flavio Alfaro á sus partidarios cayeron en nuestras manos; nos tomamos la libertad de incertarla. Es ella una prueba más de la verdad de cuanto venimos diciendo. Hela aquí:

«Quito, Julio 30 de 1911.

Señor Camilo Proaño.

Machachi.

Muy apreciado compadre:

Mucho te agradezco por las ofertas que me haces

(1) Flavio en un círculo de sus adeptos dijo: «donde me busquen un poco, iré al Gabinete, clavaré un clavo allí, colocaré mi sombrero y le diré á don Carlos Freile Z.: yo mando. Y si don Carlos se opone, lo que no creo, le daré un puntapié en salva sea la parte y le enviaré al Panóptico» ¡Qué seguridad tenía el General Flavio de escalar el Poder!

en tu cartita del 11 del presente, como también, por los trabajos que están realizando en esa importante ciudad.

Ya que nuestras labores están dando resultados muy satisfactorios, no hay que desmayar por ningún concepto. Cada día, don Emilio Estrada, gana en impopularidad, y tanta es su impopularidad que el Gobierno se ha visto imposibilitado en continuar apoyándolo, y para dar satisfacción á la opinión pública, mal de su grado, le ha pedido que renuncie.

El Congreso es para nosotros, muy favorable, una vez que la mayor parte de sus miembros están por anular la elección del señor Estrada.

Como tú eres uno de los mejores radicales, debes continuar en el empeño de propagar las conveniencias del Partido, como se ha hecho y se está haciendo en toda la República. Y la propaganda ha de hacerse, no tan sólo en ésa, mas, en todas las poblaciones que te sea dable.

Dígnate saludar atentamente á mi comadre, á mi ahijadito. Y para tí va un cariñoso apretón de manos, de tu afectísimo compadre,

FLAVIO E. ALFARO.»

Debemos decir cuantos y quienes, movidos por un patriotismo desinteresadamente sentido, intervinieron con firmeza y resolución en los trabajos que, como consecuencia, dieron con la caída de Alfaro y su sistema. Ya los hemos dado á conocer más de una vez, pero justo, muy justo es, que el publico conozca los hechos realizados por estos paladines de la Constitución. Desde el mes de Enero, de este año, los trabajos de constitucionalidad en los cuarteles eran seguidos por los cuatro jefes, repetidas veces nombrados, Comandantes Vicente D. Piedra, Rubén Estrada, Mayor Miguel Darquea, y Capitán Ulises Naranjo. El Comandante Estrada actuaba en el cuerpo de Policía, el Mayor Darquea en el batallón Pichincha; el Comandante Piedra y el Capitán Naranjo en los Regimientos de Artillería Bolívar y Esmeraldas. Los intermediarios de estos intrépidos pa-

triotas con la tropa, fueron en el Pichincha los clases: sargentos Julio Jurado, Isaac Castillo, Lorenzo Tocallín, José Estrada, Angel Larco, Fernando Heredia, N. Garcés, Marco T. Andrade, Guillermo Naraujo, Rafael Alarcón, José Silva. N. Nájera y el cabo Facundo Navarrete; además, los que sabían de los preparativos en esta unidad táctica eran los señores Mayor Andrade y Capitán San Pedro; estos dos últimos tuvieron conocimiento desde fines de Junio. En el Regimiento Esmeraldas, el sargento Buavides, el Director de la Banda Capitán Manuel Echeverría; en la Bolívar, los sargentos Polo, Granja, García, Garrido, Pazmiño, Guerra y otros más; en la Policía, el Capitán Vivero quien se ponía al habla con los celadores en su tienda de comercio situada en la plaza de la Merced, y el señor Belisario Gallo Almeida. La víspera del golpe, el Capitán Ramos de la Policía, quien debía hacer la guardia en el Congreso, se decidió apoyar el movimiento y díjole al Sr. Gallo Almeida que él como todos, prometían sostener la causa del respeto á la Ley, protestando su adhesión en nombre de los deberes que tiene todo ciudadano honrado y no por ninguna cantidad de dinero. Bien por nuestro Ejército, que está en el camino que conduce al heroísmo y al honor.

En el Escuadrón de Caballería Yaguachi, la persona encargada de allegar compañeros, fue el Capitán Santos quien se ponía de acuerdo directamente con el señor Víctor E. Estrada; no consiguió sino uno que otro adepto. El Regimiento de Artillería N^o 4, ya porque sus jefes pertenecían á los Comités electorales Estradistas, ya también, porque desde antes habían dado pruebas de haber fraternizado con sus compañeros de los otros cuerpos, estaban también dispuestos á secundar el movimiento cuando oyesen el estampido de un cañonazo disparado de la Bolívar. Esta era la señal convenida, desde meses antes del once á la cual debían contestar los soldados de honor con VIVA LA CONSTITUCION: esta era la voz de alerta en cualquier caso en que fuese necesario recurrir á las armas y hacer respetar la dignidad y el honor, y castigar á los explotado-

res del pueblo. Los demás elementos principalísimos en el movimiento que narramos, que sin ser militares prestaron sus contingentes valiosos, son los señores: Víctor E. Estrada, Leopoldo Narváez, doctor Carlos A. Bermeo, Ernesto Franco, Víctor M. Romero, patriota desinteresado, que puso en juego toda su actividad é influencia para allegar adeptos en Ibarra, en donde tiene su domicilio, á pesar de las mil dificultades con que á cada paso tropezaba, Manuel Echeverría, Director de la Banda del Esmeraldas, Belisario Gallo A., Daniel B. Hidalgo, el joven Fernando Cevallos, José Cevallos y muchísimos jóvenes más; el Coronel Juan Francisco Navarro que supo también del movimiento, cooperó eficazmente con sus valiosos esfuerzos y los Mayores Puente y Montenegro que supieron la víspera del gran día.

Nuestras miradas no fueron dirigidas hacia los jefes y oficiales en servicio, gente mercenaria, ajena á las consideraciones del bienestar de la Patria, divididos en Elocistas y Flavistas, sin tomar siquiera en cuenta, que había un Presidente electo á quien por deber y respeto á la Ley debían defenderlo, sino á la tropa, á ese pueblo ó parte de él que encerrado en las paredes del cuartel sufrían con resignación por los males de la República y por los suyos propios causados por sus explotadores de espada.

El infatigable señor Leopoldo Narváez, quién tomó tan importantísima parte en todas las gestiones ejecutadas desde el mes de Marzo y muy especialmente, desde la muerte del General Terán, fue quien pocos días antes del 11 reunió un respetable número de artesanos y cocheros, individuos todos, que con la pureza y sencillez del pueblo, del cual forman parte, abrigan esperanzas de regeneración de la República. Este grupo de patriotas pasaba de 50, su jefe fue José Cevallos, quien gozaba de prestigio entre ellos; fueron quienes armados con revólveres y machetes desempeñaron un papel importante el día 11, como en seguida se verá.

Todo el día del diez de Agosto, se pasó en una conferencia continuada; ya nos encontrábamos dos ó más y

tratábamos de todos los preparativos, ya nos dirigimos uno ó más de nosotros á casa de D. Carlos E. Coronel en donde estaba el joven Dn. Víctor E. Estrada, ya también, á los domicilios de los demás comprometidos. Además de las ocupaciones enumeradas, que trae consigo todo preparativo de cuartel, sobre todo en el caso presente, debíamos estar al atalaya para el momento bastante probable del golpe dictatorial, generalmente anunciado; en efecto, habíamos dado todas las disposiciones necesarias, para que, si se llevaba á la práctica, el pueblo y los patriotas se armasen en la Artillería Bolívar y unidos con el Ejército, es decir, con los soldados, pues los jefes y oficiales que ofrecieron sostener la dictadura, no constituían la mayoría, y dar en tierra con Alfaro y su sistema. Todo lo habíamos previsto. Ese mismo día, yo, como Comisario de Guerra que fuí, entregué \$. 500, la última cantidad que existía en caja, para la compra de revólveres y machetes. Habíase resuelto en la Junta última dar el golpe el 11 á las 10 a. m. Iba á llegar, por fin, el día ansiado por todos los ecuatorianos cuya significación—si significación por sí misma puede tener un día, en el transcurso de los siglos,—era liberación de los pueblos de un gobierno grotesco y despótico, caída de los explotadores sin honor, muerte de un sistema político y administrativo criminal que hizo con sus actos la apología del garrote, &c. ida para siempre del caciquismo—enfermedad crónica de la cual han adolecido las Naciones indo-americanas—; advenimiento de la justicia, del honor y la honradez.

A las 11 p. m. del 10, la mayor parte de los sargentos comprometidos del Regimiento Bolívar, estuvieron en casa del Dr. Bermeo, quien los mandó á llamar para darles cuenta de todo lo acaecido y darles á conocer las últimas disposiciones. El Dr. Bermeo distribuyó la guardia, (el Regimiento Bolívar debía hacer la guardia de plaza el 11) para el siguiente día: el sargento Granja debía ir á la casa Presidencial, el sargento García al Panóptico, los de igual clase, Polo, el cual acababa de salir de un calabozo en donde lo tuvieron preso desde las 4 p. m.; Garrido, Pazmiño, Gue-

rra y los demás, tenían que estar á la hora citada, en la prevención del cuartel. En la misma noche, el Dr. Bermeo habló con el Coronel Navarro del proyecto quien hasta aquel momento no tenía el menor conocimiento de la conspiración. Navarro prometió decididamente acompañar á los patriotas en el movimiento, sin poner ante su consideración las dificultades y peligros que implicaba asunto de tanta trascendencia.

El sargento Granja convino en una seña, que debía dar en caso de que toda la guardia presidencial estuviese compuesta de individuos de absoluta confianza: eruirse si sus compañeros estaban con nosotros y agacharse en caso contrario; en efecto, al día siguiente, Granja, cuando se presentó el Sr. B. Gallo, enviado por el Dr. Bermeo, se irguió muy sonreido: *buena seña*, augurio feliz. A las 5 a. m. del 11, Bermeo se dirigió donde el Coronel Navarro, se ratificaron en lo pactado horas antes y Navarro juró morir persiguiendo tan noble como peligroso fin; á las cinco y media, el mismo, estuvo en casa del Cmdte. Rubén Estrada, donde también vivía el Cptán. San Pedro, Oficial del Batallón Pichincha. Allí le comunicaron que este Cptán. y el Mayor Andrade, los únicos que sabían entre los Oficiales de ese cuerpo, no cooperarían. Esta resolución se supo por un parte enviado por los Sgts. de ese bizarro batallón. En seguida, se encontró Bermeo con el Mayor Darquea; los dos se dirigieron donde el Sr. Víctor E. Estrada, para ponerle al tanto de lo que ocurría en ese cuerpo. Con este antecedente, se temió un combate reñido con el Pichincha; el mayor Darquea después de enviarles un papel lleno de astucias á los Sgts. recibió éste:

«Mi Mayor:

Por nosotros, listo, como si estuviera cualquiera cosa en sus manos, pero desconfianza en los demás cuerpos, porque puede ser que nos carguen la romana á nosotros y qué vayamos á atender á todos; asegúrese lo más que pueda por nosotros no tenga la menor desconfianza, esperamos el grito de ellos y en seguida listo:

Saludamos todos los compañeros».

Publicamos también dos partes más, que casualmente se han conservado, pues se recibía partes de cada cuerpo, momento por momento, como las circunstancias lo exigían. Sentimos no poder dar á conocer otras partes más, que por un descuido incalificable y también, por evitar las consecuencias en caso de delación, no se los ha conservado, en los cuales palpitan los sentimientos de abnegación, patriotismo y honor del soldado, que en su resolución y coraje escribieron la página más brillante de la Historia:

«Mi Mayor Darquea:

Recibimos el papelito en el que nos dice que á las diez del día se presentará en el cuartel á dar el grito de Viva la Constitución y Viva Estrada; lo esperamos con vehemencia, ya sabe mi Mayor que todos lo queremos y será suficiente que usted se presente en el cuartel para que hagamos lo que nos mande. Estamos todos de acuerdo para no consentir en la dictadura ni menos en la subida de Flavio á la Presidencia de la República, hombre á quien no lo queremos.

Lo saludamos todos.

Quito, Agosto 11 de 1911».

«Mi mayor Darquea:

Recibí su muy atento papelito de manos del chico de su casa y cumpla como usted me ordena, les he comunicado á los otros primeros y algunos más; pierda cuidado, que estamos listos y resueltos, si es posible á derramar la última gota de sangre por nuestra madre Patria y por la «Constitucionalidad».

En este momento no sé por qué sea, ordenan que los de la Banda salgamos á la calle y con exigencia, pero eso no importa; porque si ellos nos han calculado algo en la

Banda, nosotros también sabemos pensar, estaremos todos ó gran parte en los alrededores del cuartel.

Suyos.

¡¡¡Viva la Constitución!!!»

Estaba resuelto irse con el valor de tantos patriotas á reivindicar con sangre los derechos del pueblo. Estaba decretado por el destino, que levanta á las naciones al apogeo de su poder y de su gloria y derrumba, reduciéndolos á polvo los imperios corrompidos por el vicio y el oro: ¡la tiranía caerá, para siempre en el Ecuador el 11 de Agosto! y los hechos se precipitaban sucediéndose y los momentos se acercaban.

A las 4 p. m. del 10, en la casa del señor Leopoldo Narváez se designaron las comisiones que cada uno debía desempeñar el 11, (á esta conferencia asistieron Piedra, Darquea, Estrada, Naranjo, el Mayor Ricardo Montenegro, el Dr. Segundo Alvarez, Emilio M. Terán, muchísimos jóvenes y numerosos cocheros): 20 cocheros al mando del Mayor Montenegro debían capturar al General Eloy Alfaro; 15 de los mismos, á las órdenes del Mayor Puente debían apresar al General Flavio E. Alfaro; el Comandante Ruben Estrada, Mayor Baquero, Capitán Darío Solorsano, Antonio Encalada, Belisario Gallo, Almeida y otros debían secundar en el cuerpo de Policía; el Mayor Darquea en el Batallón Pichincha; el Capitán Naranjo en el Regimiento Bolívar, el Comandante Piedra, Mayor Ullauri, Teniente Canelos, Flavio Carrera, Antonio Calderón, el Mayor Echeverría Director de la Banda, quien estaba con nosotros y dos más, á órdenes del Comandante Piedra dar el grito en el Regimiento Esmeraldas.

Si cupiera decir en este caso, lo que más de un Capitán ha dicho en los días de sus mayores glorias; pues hasta el tiempo atmosférico parece que toma parte, que es cómplice en los grandes hechos humanos: yo diría como Napoleón I en Wagram: *fue un sol de Austerlitz*; en efecto, amaneció el 11 de Agosto, con la serenidad radiante de un sol tropical: el cielo era puro y azul como,

si, solo desde la antiplanicie andina se viera lo eterno á travez de su diafanidad. Es indudable: la naturaleza acompaña á la humanidad, á los pueblos, á los individuos en sus ascenciones y caídas; en sus desgracias y en sus dichas. No puede ser ajeno el medio ambiente al curso de los hechos humanos que sintetizan su Historia; debe existir alguna ley de afinidad no conocida todavía, entre los hombres y los días; entre los pueblos y el ambiente cósmico: no deben seguir su curso independientemente sin influírse, sin tocarse en su marcha. El 18 de julio de 1915, se cernió una tempestad en los pueblos de Europa que se desató en los campos de Waterloo: la humanidad, ese día tomó otro rumbo; el coloso cayó; la Libertad y los principios proclamados el 89 y oscurecidos por el brillo y el choque de las armas vencedoras por 20 años, radiaron; la conquista como sistema de gobierno y medio de grandeza, murió para siempre en ese día. El 11 de Agosto límpido, radiante y sereno, con el astro rey en todo su esplendor debía desarrollar en su seno algo grande, algo bello, algo noble. Así fué. . . . Antes de narrar con nuestra tosca pluma *el gran hecho*, sigamos dando á conocer los últimos preparativos de los Patriotas. Toda la mañana se compró é hizo comprar por terceras manos revólveres, machetes y cápsulas para armarlos á los asaltantes. El doctor Bermeo consiguió esa mañana St. 500 después de un poco de trabajo, yo dí St. 130 para ese objeto, pues la caja de operaciones se encontraba exhausta. El golpe debía darse, como ya se indicó, á las 10 a. m., pero sucedió algo imprevisto; á esa hora se les dió puertas á las bandas y al cuerpo de Policía de á caballo; el por qué no lo sabemos. Esta circunstancia, grave por sí misma, en esos críticos instantes, hicieron que se multiplicasen los esfuerzos de los patriotas. Felizmente, como la sección de investigaciones de los constitucionales estaba muy bien organizada, se supo al momento. El Capitán Echeverría del Esmeraldas, comunico lo ocurrido por medio de su hijo—un niño de 12 años—quien prestó importantes servicios, por lo cual lo recomendamos; el Pichincha mando aviso [esta se insertó más arriba] y así, todas

las unidades militares. Se resolvió, pues, dar el golpe libertador á la 1 p. m. El señor Belisario Gallo A. fue el comisionado para que diera aviso de esta resolución á todos los cuarteles. A las 10,30 a. m. estuvieron en casa de Bermeo, el Teniente Ramos de la Policía con varios á quienes los agazajó y después de un apretón de manos en señal de decisión y confianza se regresaron.

Hubo una calma aparente en el ánimo del pueblo esa mañana. Algo presentía la conciencia popular, pero de un modo indefinido. Muchos almacenes de comercio fueron cerrados, ya porque maliciaron, ya también, porque algunos, muy pocos por cierto, llegaron á saber. La intranquilidad del pueblo se intensificó más aun, después de las 11 a. m. Dentro de esa calma aparente se agitaban los entusiasmos y esperanzas de unos, los temores y zozobras de otros. El pueblo de Quito y con él toda la República, esperaba algo nuevo. A los grandes hechos preceden siempre momentos de angustioso silencio. En las calles se veían menos transeuntes; hombres y mujeres se dirigían á sus casas como para santificar una fiesta; las gentes de los alrededores de la Capital, que vienen las mañanas á sus quehaceres y negocios tomaban prisa en dejar la ciudad. Las calles quedaban desiertas. Los instantes se acercaban. Por fin, llegó el momento de la gran cita, dada por los patriotas reveldes que no comulgan con dictaduras ni violaciones de las leyes, sino, con el honor y dignidad, plantas exóticos en los maldecidos tiempos de la dominación alfarista.

Sonó la una de la tarde en los relojes de toda la ciudad con diferencia de pocos segundos; es decir, sonó la hora terrible para los verdugos de la Patria; iba á decir, la hora de las grandes venganzas, pero no, la justicia que los pueblos cansados de un oprobioso yugo, ejercen sobre los tiranos y explotadores por sus manos mismas y animados por ideas de liberalismo verdadero, no son de venganza sino el ejercicio augusto de sus derechos soberanos. Con la campanada del reloj de la Merced coincidió, como se había resuelto, el primer tiro disparado por el intrépido Mayor Montene-

gro; este disparo fue como la voz de mando, como aquella voz lanzada por boca del héroe homérico en la escarpa de Ayacucho; ¡su eco vibrará en la historia! A este disparo contestó el sargento Granja, que hacía la guardia en la casa presidencial: á éstos contestaron en el Regimiento Bolívar; simultáneamente se generalizó el fuego en los demás cuerpos. Los comprometidos estaban á cumplir con su palabra en el instante preciso: el Mayor Darquea quien esperaba solo en una de las esquinas cercanas al cuartel del batallón Pichincha, se dirigió á este cuartel dando balazos al aire y gritando VIVA LA CONSTITUCION, VIVA ESTRADA, las soldados contestaron con los mismos vivas al patriota y se apresuraron á abrazarle y ponerse á sus órdenes. El Comandante Vicente D. Piedra, con unos pocos á su mando, al oír el disparo—señal lanzó también el mismo grito y se acercó dando tiros á la puerta del cuartel del Regimiento Esmeraldas. Entonces, el sargento Carrillo le dijo que no avanzara por haber resistencia de una parte de ese Regimiento; Piedra, con heroico valor, á grandes pasos se acercó á la prevención; una vez allí, el subalterno de guardia le franqueó las puertas y secundó el grito lanzado repetidas veces por el patriota y sus compañeros; en seguida, después de reunirse con algunos individuos de tropa, colocó una pieza de artillería en la esquina Norte al mando del Mayor Ullauri, al regresarse de nuevo, fue herido con dos balazos que le postraron en tierra, aun herido se arrastró á la prevención á felicitar á la tropa por su actitud levantada y patriota.

Otro tanto sucedió con el cuerpo de Policía y el bizarro Regimiento Bolívar: yo me dirigí por la esquina de la Catedral, pues esperaba la señal en casa de doña Francisca Gangotena y U. Naranjo se acercó por la opuesta, pero no pude llegar inmediatamente á la prevención porque hacían fuego reñido desde el Gabinete Presidencial y del Ministerio de Guerra, en ese instante cayó muerto cerca á mí el artesano Francisco Guzmán; también el N^o 4 lanzó el reto te-

rrible por boca de sus fusiles á los enemigos de la Patria. Todos, absolutamente todos, secundaron el golpe maestro y por las calles, en todas direcciones se veían cruzar á los soldados gritando VIVA LA CONSTITUCION para estrecharse con frazos fraternales con sus compañeros. El pueblo, el gran pueblo de Quito que es manso y sufrido como el que más, es también terrible, valiente y generoso en los momentos álgidos del peligro y ese día ¡Oh hermoso espectáculo! se vió instantáneamente abandonar talleres é irse á empuñar las armas de los bravos para con sus esfuerzos de titanes secundar lo que sus conciudadanos de cuartel habían iniciado. En un instante, con aquella previsión de un veterano, los soldados y el pueblo á los gritos estentóricos de VIVA LA CONSTITUCION, VIVA ESTRADA tomaban distintas direcciones: unos á tal cuartel, otros á tal otro, para cerciorarse si eran sus camaradas ó en caso contrario batirlos. Un grupo se dirigió á la Escuela Militar, otro al Escuadrón Yaguachi y Escuela de Clases, una vez convencidos que, en el centro de la ciudad todos defendían la misma causa. Los sargentos del Esmeraldas, que fueron apresados el día 7 de Agosto permanecían en los calabozos de la Policía hasta esos momentos, en seguida que se dieron cuenta de lo que sucedía, rompieron las puertas de los calabozos en donde se encontraban y salieron á empuñar las armas; sentían celo por hacer cada uno lo que más podía por la causa de la Libertad y nos dirigimos el valiente Benavides conmigo y algunos más, al Regimiento Esmeraldas, los demás á sus propios cuarteles. Es difícil, por no decir imposible seguir el curso de los hechos, sobre todo los de esta clase, tales cuales se produjeron. Figúrese el lector: los acontecimientos de esta índole son tan multiformes, tan complicados, que se confunden, se entrecruzan, se destruyen entre sí; es como dijo alguien: una tela tupidamente elaborada, mientras la narración es un hilo, y, seguir el cruce de ese hilo en el laberinto de los hechos reales es para perderse sin remedio.

Parte del Pichincha se dirigió hacia el Norte de

la ciudad y otra parte hacia la Magdalena, para unirse con los de la Escuela Militar ó rendirles; al mismo tiempo, los de la Bolívar recorrían la ciudad, esparciéndose en las calles para rodear al Esmeraldas, unos iban á la Policía, otros al N^o 4, los más en la suposición de que no estuviesen con ellos: otro tanto aconteció con los de la Policía y los demás cuerpos, de ahí que, en un grupo que atravezaba una calle se veían soldados de todas las unidades militares y personas del pueblo. Debemos decirlo: todos los comprometidos, en especial el grupo de cocheros, estuvieron cumplidos á la cita y desempeñaron con admiración general su papel, con caracteres de intrepidez y valentía. El objeto de nuestro trabajo, no es para entrar en detalles sobre los hechos considerados militarmente en sí; además de esto, somos profanos á la crítica militar, y creemos de ningún valor, ya que en realidad, no tuvimos enemigos con quienes combatir, sino apenas ligeras resistencias que más bien están en la crónica de una compañía ó de batallón, antes que entre las acciones del Ejército. Para nosotros, la importancia del golpe está en sus aspectos político y social; de ellos trataremos después de un momento.

El General Eloy Alfaro y su larga cola de esbirros, como en la memoria de todos estará grabada, penetró un momento antes del primer tiro al Gabinete Presidencial. La mayoría de los empleados altos y bajos del cacique, sus jefes que días antes le habían hecho soñar con la Dictadura, estaban en el Palacio de Gobierno; parte de los soldados de la guardia del Palacio alcanzaron á salir y fraternizaron con los demás. De los jefes que le acompañaron á Alfaro, solo el Coronel Luis F. Andrade y el Comandante Vinnelli, salieron del Palacio y se dirigieron, el primero probablemente á su casa, á poner en salvo sus intereses y el segundo sí, á hacerse cargo del Escuadrón Yaguachi cuyo jefe era. Los soldados de esta unidad fueron los que menos supieron del movimiento que se preparaba, de ahí que, trataron de resistirse por unos momentos envanamente, pues los soldados y el pueblo

por sí solos, sin jefe que les dirigiera, puesto que los pocos que se tuvo anticipadamente, estaban cada uno desempeñando su papel, tomaron posiciones por la ciudadela Larrea y parte sur de la Escuela Militar y, después de un ligero tiroteo, á consecuencia del cual quedaron muertos 14 del Escuadrón, se retiraron los unos y fraternizaron los más con los patriotas. Era sin límites el alborozo de todos los habitantes de Quito, apenas se convencieron que el pronunciamiento no era como generalmente se creía al principio, la proclamación de la Dictadura, sino un golpe de muerte dado á las pretensiones descabelladas de Alfaro. Con todo de seguir el fuego de la fusilería, hombres, mujeres y niños salían á las ventanas á vivir á los soldados que habían tenido muy en alto su honor militar y á tributarles su gtatitud manifestándoles su júbilo. Aún seguían los tiros é infinidad de personas de toda clase, salían á recorrer las calles, desde que veían en los soldados y el pueblo armado, no enemigos sino amigos solidarios, por las mismas desgracias públicas soportados en silencio, por la misma carga de oprobio que á sus espaldas había puesto el déspota.

Seguros completamente del éxito, debíamos atender, como la gravedad de las circunstancias lo exigían, á la vida de los caídos, porpue las furias inconscientes, pero justas del pueblo, podían no respetar al vencido; como también, dar los primeros pasos encaminados á reorganizar el Gobierno y tomar otras medidas importantes y necesarias en esos momentos. El señor Víctor E. Estrada y yo nos dirigimos á la casa Presidencial en la que se encontraban la familia del General E. Alfaro, para ofrecerles nuestros servicios y protestarles que desplegaríamos todas nuestras energías para salvar las vidas del General Eloy Alfaro, de sus dos hijos y de todos sus cómplices. En seguida, resolvimos los señores Víctor E. Estrada, Coronel Navarro y yo dividirnos en comisiones. El señor Estrada con los jefes que habían sido nuestros compañeros, debían procurar la reorganización del Ejército, para evitar el pillaje y todas las

consecuencias que se sucede en casos como éste. El Coronel Navarro y yo debíamos irlo á sacar de su casa al doctor Freile Z. para que se hiciera cargo de la Presidencia de la República, pues como era Presidente del Senado á él le correspondía el mandato interino. Así lo hicimos; después de golpes á la puerta de calle de su casa y vivas á la Constitución, se decidió el Dr. Freile Z. á salir á la ventana y cerciorarse de lo que se trataba. No se decidió á salir con nosotros, sino después que se hubo convencido, que nuestro objeto no tenía caracteres de hostilidad para con él, sino muy al contrario. Temía con razón, el doctor Freile, de las intenciones del pueblo, creía que ese grupo de ciudadanos libres, en su embriaguez de gozo por la reivindicación que esos momentos se llevaba á cabo, le tomaría cuenta de sus actos y le acusaría haciéndose justicia, en su mismo nombre, de su actuación nefanda en el gobierno de Alfaro. Sobre él caen y caerán las responsabilidades de los asesinatos ejecutados por Alfaro el 19 de Julio en Guayaquil, cuando á la sazón, estaba encargado de la Presidencia de la República. Sobre él gravitan el peso de más de un crimen, con que nos regalaba el fraternal gobierno del Viejo Luchador. La Historia sabrá decir, hasta que punto es responsable el docil servidor del Cacique, el señor doctor Freile Z. Sigamos: una vez que se decidió á salir á la calle lo condujimos al cuartel del Esmeraldas para que lo arengase, agradeciendo su actitud á ese bizarro Regimiento; luego, con gente que más y más se unía á nuestro grupo, lo llevamos á la Municipalidad para la declaración solemne de la caída del gobierno de Alfaro. Mientras tanto, el doctor Bermeo trató de reunir á varios Diputados y Senadores que se hallaban en el Hotel Royal y llevarlos á la Municipalidad con el mismo objeto. No sin dificultad, después de hacer abrir la puerta de ese edificio, consiguió dicho señor, se trasladasen á los salones del Municipio los Senadores, señores, Rafael Palacios, Federico Intriago y Pedro Valdez. Allí el joven abogado redactó el acta del pronunciamiento y reconstitución del Gobierno. Cuando nosotros llega-

mos, ya estaban allí muchísimas personas. El doctor Bermeo leyó una acta en la cual hizo reconocer como Jefe Civil y Militar al señor Pedro Valdez.

Por equivocación propia de momento tan excepcional, se rompió por breves instantes la Constitución con el nombramiento de Jefe Civil y Militar en la persona de don Pedro Valdez, á pesar de que era Vicepresidente del Senado. Ciertamente que por la significación del 11 de Agosto, autorizaba sobradamente para en ese mismo instante liquidar hombres y hechos, barrer con todos los empleados cuyo servilismo había traspasado los límites de lo concebible, sacar como el Nazareno en otro tiempo sacó á los fariseos modernos, á los traficantes con su honor, con su nombre y su decoro, del templo sagrado de las leyes, en donde deben reinar las virtudes cívicas y la sabiduría y no la corrupción y la degeneración de hombres envueltos en su propia vileza. Con todo, de que al dejar los mismos hombres en los sitios de donde clavaban á la República un puñal, escondiendo luego la mano criminal, no se les daba su sanción merecida, quisimos respetar la Ley, la gran Ley que ellos mismos deseaban pisotear y con tales hombres y con semejantes intermediarios, quisimos quemar el incienso de nuestra conciencia á la diosa Justicia, que en los pueblos y en los siglos se manifiesta en forma de Códigos y Artículos. Así lo hicimos, no cogimos en ese momento una escoba y barrimos hacia afuera la suciedad que infestaba la República. Además, quisimos ver que gesto ponía la *vileza* y la *infamia* por los rostros de tanto desgraciado y, respetamos la idea con tan pésima concreción. Observamos los mandatos de la Ley con sus violadores, porque el ideal, es decir el Derecho, no se mancha con los perversos, sino que se manchan á sí solos.

A pocos momentos penetró al salón en donde estaba congregado el pueblo, el doctor Juan Benigno Vela y este viejo liberal, expuso que era mejor que el doctor Carlos Freile se hiciera cargo de la Presidencia, interinamente, por corresponderle por ley, puesto que todo otro procedimiento era contrario á la Constitución. Como

era natural, acogiose la idea del doctor Vela y el doctor Freile Z. hizose cargo de la Presidencia.

Todos los concurrentes prorrumperon en gritos, pidiendo que se tomen las medidas necesarias y se asegure la persona del General Alfaro. Todos se disputaban para formar parte de la comisión encargada de apresarse al ex-Presidente. En esos momentos que ejercía el señor Pedro Valdez el cargo de Jefe Civil y Militar, que la muchedumbre le había concedido, él designó á los señores Federico Fernández Madrid, César Mantilla y al que esto escribe, para que se dirigieran al Palacio de Gobierno, en donde estaban refugiados muchos de los individuos que formaban parte del gobierno alfarista. La orden del Jefe Civil y Militar que dió, cediendo á las exigencias de todo el pueblo y á sus propios impulsos, fue de tomarlos presos al General Eloy Alfaro y á los suyos y conducirlos al Panóptico que bien lo merecen autores de tanto mal. Aún se oían descargas de fusilería continuadamente y sin interrupción; del Palacio de Gobierno, (último reducto del alfarismo) daban fuego por las ventanas, causando una que otra muerte entre los nuestros. El caso era difícil y comprometido, y menester era tomar las medidas aconsejadas por la prudencia, para evitar pérdidas estériles de vidas de ciudadanos honrados y laboriosos; formamos una bandera de paz con un carrizo y una tela blanca que se nos proporcionó, con esta aparente seguridad, los tres de la comisión nos dirigimos al Palacio por la puerta que dá á la carrera Chile, (frente á la Iglesia de la Concepción. El pueblo nos advirtió que no nos acerquemos, porque no cesaban de hacer fuego desde dentro del Palacio. Habíase hecho un agujero á balazos en dicha puerta, por donde podía introducirse difícilmente una persona. Todas las puertas que dan á la calle estaban bien aseguradas y era difícil su acceso. De entre un grupo de niños, salió uno de ellos y se ofreció entrar por la brecha batiendo la improvisada bandera, para que se dieran cuenta los de adentro de lo que se trataba. Después de hacerles ver la bandera, entróse el niño, cuyo nombre quisiera darlo, pero lo ignoro y con él

los tres que constituíamos la comisión. Los soldados de la guardia presidencial, que no habían alcanzado á salir la calle, estaban convenientemente distribuídos en los corredores con el fin de no dejar entrar á nadie, obedecían las órdenes de su ex-Jefe, más que por simpatizar con él, por las circunstancias en que se colocaron; todo el Palacio estaba lleno de empleados; atravesamos el patio y subimos por la única grada que existe, salieron á nuestro encuentro los señores Colón y Olmedo Alfaro y nos preguntaron el objeto de nuestra ida; les respondimos: «hemos venido en nombre del pueblo soberano, y vencedor á hablar con el General Eloy Alfaro, para que se entregue prisionero». Nos condujeron al Gabinete de Instrucción Pública, donde se encontraban él y sus esbirros.

Quisiera describir lo que mis ojos vieron en ese instante; aquel cuadro sombrío y tétrico bastaría para que cualquier tiranuelo, al verlo se estremezca y se arrepienta de sus maldades. Imposible es poder describirlo tal cual impresionó mi retrina: en el fondo del Gabinete, una especie de alcoba oscurecida por falta de ventanas y porque se habían cerrado las puertas, se destacaba un grupo de hombres con semblantes agónicos, cadavéricos, en los que estaban pintadas su cobardía, sus amarguras y sobre todo sus infamias y sus crímenes. Algo tenebroso y triste se sentía en ese grupo; sus almas remordidas por el carcomen de su conciencia veían suspendida sobre sus cabezas la Muerte, es decir, el castigo que sus oprimidos de ayer, imponían á sus verdugos vencidos en ese instante; es indudable, se agolparon en su memoria todos sus delitos, todas las maldiciones del pueblo vilipendiado y explotado por un lustro. Alfaro estaba sentado en medio de sus Ministros de Estado, altos empleados y adúladores; allí, estaban con su amo; Peralta, Albán Mestanza, Montalvo, el asesino Pasquel, un aventurero Carranza que vino á saciar su hambre pisoteando su dignidad, y muchísimos de su plana Mayor, debían soportar la misma pena de oprobio comprada con sus delitos y desafueros Alfaro y los suyos. Cuando yo me acerqué hacia el déspota,

lo abracé diciéndole, hoy soy su amigo ríndase, él se dirigió á nosotros diciéndonos: «¿qué desean ustedes?»... yo le repliqué que capitule; él á su vez, repuso ¡*Que me maten!* A lo que yo le contesté, si usted tuviese 40 años de edad, es lo que merecería, no le quedaba otro remedio, pero viejo como es, salve su vida y la de sus amigos. El pueblo y el Ejército que hasta hace momentos los creía suyos, en cuya representación venimos, no espera sino el regreso de sus enviados de paz, para romper los fuegos y hacer volar á cañonazos el Palacio con todos los que aquí se encuentran; en efecto, estaban convenientemente dispuestas 4 piezas de Artillería y numerosos individuos para á una señal dada, irse contra los encastillados. El Dr. Peralta se paró y le dijo á su amo: «No le queda otro remedio que rendirse; todo sacrificio será esteril, General». El General Alfaro, me pidió que se retirasen mis dos compañeros para hablar á solas, así lo hicieron los señores Madrid y César Mantilla, entonces, me dijo á mí ¿A dónde me llevan? Yo le contesté, á donde usted quiera. Le manifesté que se tranquilisase respecto á su familia, porque ya habíamos ido á verla y que se encontraban seguras las personas de su casa. Siempre debe haber magnanimidad con el caído, así tratamos con generosidad y nobleza á quienes nunca, en igual caso, hubieran tenido una ráfaga de compasión para con sus vencidos; además, el General Alfaro, fué en otro tiempo, cuando en mi credulidad de joven inexperto y sincero pensé encontrar en él la encarnación del liberalismo, el hombre en quien habían ido á crecer y robustecerse los principios de la democracia y de la libertad. Fuí su correligionario y su compañero de peligros, en más de una campaña de aquellas, en que la suerte veía al partido de la civilización con ojos de madrastra. Entonces, me dijo mi antiguo, amigo, que lo trajera al Ministro Chileno é hiciera calmar los fuegos. En ese momento, el fuego era nutrido; el pueblo y el Ejército impacientes al ver que sus delegados se demoraban en regresar, rugían por boca de sus rifles y como una ola gigantesca amenazaban invadir y aplastar con su brazo potente á tanto gusano misera-

ble. Salí á implorar al pueblo héroe y al soldado valiente para que cesaran los fuegos y se calmaran los ánimos; les dí cuenta de que Alfaro había capitulado, á lo cual se sucedió un estallido de satisfacción entusiasta. A pocos momentos le encontré al señor Víctor Easman Cox, Ministro Plenipotenciario de Chile dirigiéndose precisamente hacia el Palacio. Regresamos de nuevo con él, donde estaba el General Alfaro. Con todo de suplicarle al pueblo, ebrio de coraje contra sus opresores, para que ceda en sus ímpetus incontenibles y darle cuenta de la abdicación y rendición de Alfaro, no se conseguía que se amenguara el tiroteo. Deseaba por sí mismo cerciorarse, como su fantasía se había forjado, que aquel que había tiranizado y degradado á la sociedad, debía ser conducido por el pueblo mismo al lugar en donde deben estar los criminales. El General Alfaro pidió que saliera yo, otra vez, á la plaza, para hacer cesar los fuegos que continuaban y asegurar en un tanto la salida de los presos; después de mil ruegos y súplicas, después de persuadirles que el pueblo noble y heroico de Quito, que había dado más de una vez, muestras de generosidad en el triunfo, no podía manchar la página más limpia y brillante de la Historia escrita con valor y desinterés, dignos de los tiempos de nuestra Magna Lucha, con la muerte de uno siquiera de los verdugos de la Patria, porque la sanción no está en el exterminio de los perversos, sinó en el veredicto de la Historia y en los remordimientos de sus propias conciencias, fué preciso, conducirle á todo el inmenso grupo hacia la plaza de la Merced, para en esos momentos sacarlos del Palacio á los prisioneros del pueblo. Cuando regresé, encontré en el Gabinete de Instrucción Pública á varias personas, entre ellas, al Excelentísimo Barros Moreira Ministro Plenipotenciario del Brasil que había ido, á prestar sus servicios, tan valiosos como difíciles para aumentar con su presencia, la seguridad de los presos y los señores Coronel Rafael Palacios, Coronel Navarro, Vidal Enriquez y Federico Intriago (Senador), quienes fueron designados por el Jefe Civil y Militar señor don Pedro Valdez M. Iban á sa-

lir los rendidos de su guarida.....el momento fue de una conmoción indescriptible; todos temblaban de espanto; sus cuerpos vacilaban sobre las piernas frágiles por el terror; sus caras eran de una palidez de muerte. En ese instante, el espíritu de la justicia se apoderó de sus conciencias negras para que vieran reflejadas en sí mismas sus maldades. Talvez, como cinta cinematográfica pasaron ante el recuerdo de sus almas, todos los hechos de perversión é iniquidad de que habían sido causantes. Debían asomarse, en ese momento —sanción, los espectros de los héroes del 25 de Abril, de las víctimas del 19 de Julio, de todos los *suicidas*, de todos los que sufrieron dolores y hambres por la culpa del tirano ya caído. Siempre ha sido el miedo patrimonio de los que han tiranizado al pueblo. Aún después de que se habían despejado los grupos de ciudadanos armados y de que calmaron los fuegos, decía el *presunto dictador* «que retiren á esa gente, que calmen esos tiros para salir», por esta razón, me adelanté yo hasta la puerta que da á la calle de la Concepción, á decirles á los pocos que habían permanecido cerca del Palacio, que respeten al vencido, que no maten al verdugo de ayer, que no cobren con su vida al dilapidador de más de cien millones del Estado. Por toda previsión, un grupo de varias personas los colocaron al centro á los tres Alfaro, para evitar cualquier atropello, cualquier tentativa del pueblo justamente indignado. El General Eloy Alfaro iba en medio de los Ministros del Brasil y de Chile y sus dos hijos á los lados de los mismos; el Coronel Navarro cubrió con su cuerpo al General Alfaro y yo iba delante de él; de este modo, estaba completamente cubierto el General Alfaro, y el pueblo, á pesar de su justa indignación, tuvo que reprimir su ímpetu, porque matar á los presos era victimar á sus compañeros. Ante las amenazas de las furias populares lo tomé del brazo derecho al General Alfaro y á su hijo Olmedo del izquierdo. Cuando el grupo salió á la calle se agolpó la gente armada y querían lanzarse contra el que había tiranizado por doce años; se oían vociferaciones del pueblo, en las que le hacían recuerdos de sus

faltas; sus oídos oyeron las anatemas y las maldiciones mal comprimidas de esa gente honrada y laboriosa que por sentir en sí, el impulso de un deber sagrado abandonaron sus talleres y tomaron las armas. Y, ¡qué sanción para el déspota caído ver á sus soldados á quienes quizo corromper, que maldiciéndole colocaban los extremos de sus rifles en su boca para acribillarlo á balazos! (1)

Al atravesar por delante del atrio de la Catedral, el grupo aquel, que siempre estará grabado en mi recuerdo, había pasado por mil peligros: unos querían sacrificar á todos á una descarga de fusilería; otros querían disparar sus cañones; felizmente se consiguió contenerlos. Alfaro al pasar por la calle de la plaza de la Independencia que da al Palacio de Gobierno, no podía tenerse en pies y fué conducido, materialmente, en brazos del Ministro Chileno y de los míos, sus piernas se entorpecían de miedo y no podía andar. Al llegar á la esquina de la Legación Chilena era arrastrado ya. Yo quisiera haber penetrado en esos instantes á la caverna tenebrosa de su conciencia y ver los sentimientos supremos que se agitaban en su pecho. Seguro estoy, de que aquellos remordimientos, aquella situación nunca soñada por él, aquellas amenazas del pueblo y de los que creía sus soldados, aquel escarnio, aquellos recuerdos de sus crímenes evocados á gritos por sus oprimidos, constituían si aun en su pecho palpitaba algún sentimiento honrado, la suprema sanción, el más grande castigo de sus dos criminales gobiernos. A pesar de que el señor Pedro Valdez ordenara que fuese conducido al Panóptico y con todo, de que el pueblo gritaba impaciente pidiendo su cabeza, por deferencias al Ministro Chileno, se permitió que se asilara en dicha Legación, por lo que se indignó el pueblo y pedían á gritos que al haberles perdonado la vida á él y su hijo

(1) Hubo soldado que el extremo de su fusil, lo puso en la boca misma de Alfaro y fue necesario levantar el calibre para salvarlo.

Olmedo se los condujera al Panóptico, para que saboreen las amarguras de sus crímenes. Para calmar esta ansiedad del pueblo, se asomaron á un balcón de la Legación los señores Ministro Chileno y Pedro Valdez, quienes arengaron al pueblo con frases muy elocuentes, por lo que consiguieron calmarlo.

La salida de Alfaro y sobre todo, la clase de salida del Palacio de Gobierno, tiene para mí, como para todos mis conciudadanos una significación no solo personal sino histórica: es la caída definitiva del Caudillaje; la muerte en nuestro suelo ecuatoriano de la tiranía; es la ida para siempre del Casiquismo. Ya no habrá, así estamos convencidos los ecuatorianos, sobre el suelo en donde altivo alza su frente blanca el rey de los Andes hacia el cielo, ni tiranos, ni Gobiernos de facinerosos y analfabetos, ni opresores ni oprimidos. El árbol de la verdad si tardó en dar sus frutos, robustecido está entre nosotros, por la sangre derramada en toda una centuria de guerras fratricidas, y sus frutos, empezarán á sentar las bases de nuestra prosperidad. No son, no pueden ser estériles los sacrificios de los rebeldes, cuyas vidas han sido un batallar continuado contra los tiranuelos. El pueblo ecuatoriano ha realizado hechos, que para todo mandatario que desea irse por el tortuoso camino de las arbitrariedades, se presentarán con signos pavorosos, como desde el fondo de un espejo, ante su conciencia, para decirles «Ay de tí si imitas á los opresores, el Ecuador ha santificado la Libertad y la Justicia, desde el sináí del 11 de Agosto».

El mismo día fueron conducidos á la Penitenciaría los cómplices de Alfaro, que en su mayor parte, le acompañaron por última vez á su amo; fueron conducidos: Peralta, Albán Mestanza, Rafael Aguilar, Martínez Aguirre, Manuel Montalvo, Coronel Pasquel y otros, fue preciso acompañarlos á los Alfaro con tres de los nuestros para asegurar sus personas; pues la gente armada no se calmaba. Por la noche el señor Olmedo Alfaro, me dijo en reserva que el Ge-

neral Páez y el Coronel Reinoso se venían sobre nosotros, con más de mil hombres. En efecto, apenas supo lo sucedido en la Capital, el leal servidor de don Eloy, empezó á alistar las fuerzas de su mando, para unidas á la guarnición de Ambato, seguir sobre Quito y establecer el orden constitucional—según el decir de él.—Hizo alistar los carros necesarios para 600 hombres á que ascendía el total de los batallones «Vargas Torres» y «Tulcán» y se puso en marcha; llegó á Ambato á las 7 a. m. del 12 y aumentando sus fuerzas con las 500 plazas de que constaba el Carchi, prosiguió el viaje á sofocar á los *insurrectos*. Los patriotas, después de conferenciar sobre el peligro que constituía la venida precipitada de las fuerzas del Sur, pues si no se lograba contener por cualquier medio, se corría el riesgo de que el heroísmo de ese día fuese estéril, resolvieron que el señor Ernesto Franco y yo hablásemos con Mr. Norton, Vicepresidente de la Compañía del Ferrocarril, para que con su cooperación eficaz y ceñida á los preceptos de la neutralidad, nos salvara del riesgo que corriamos, ó por lo menos, hiciera demorar, ya que no eran posible reorganizar convenientemente en tan pocos momentos á las fuerzas de Quito: la tropa y el pueblo ebrios de gozo por el triunfo reivindicador operado entre el día, andaban por las calles y no se reducían ni á sus casas ni á sus cuarteles. La disciplina, en momentos como aquellos no dan todos sus benéficos resultados; y más aun, si uno ó más cuerpos carecen de jefes como aconteció con el Regimiento Esmeraldas cuyo primer jefe—el Comandante Piedra—estaba herido y con algún otro batallón.

Los dos comisionados nos dirigimos á la casa en donde reside Mr. Norton. No sin dificultad, le decidimos á que se trasladara con nosotros á la Oficina del Ferrocarril, con el fin de resolver allí algo favorable, en orden al no avance de las tropas del Sur. El trayecto hasta llegar á la plaza del Teatro Sucre, en donde está dicha oficina, estaba sembrado de peligros; sobre todo, para los americanos que nos acom-

pañaban, en quienes reconocían los soldados y el pueblo á los explotadores del Ecuador favorecidos por su socio don Eloy. Como encontramos la oficina cerrada nos regresamos sin haber conseguido nada práctico; en seguida, me dirigí á la casa Municipal donde estaban casi todas las personas que constituían el Gobierno Provisional, y allí se me puso al corriente de los telegramas recibidos de las provincias del Centro, sobre la rápida y precipitada marcha de las tropas de Páez y Reinoso. Los instantes eran angustiosos para todos nosotros: todos los soldados andaban desbandados por las calles, los cuarteles se encontraban casi sin guardías de prevención; todo se hallaba en absoluta confusión y desorden; no se atendía á las repetidas llamadas de corneta; solo el Pichincha permaneció suficientemente organizado y el fue el que hizo el servicio de avanzadas en la parte Sur de la ciudad; por ésto, lo recomendamos en especial, á este bizarro batallón y á su jefe el Mayor Daruca que supieron cumplir con su deber sin divertirse sobre sus laureles. Sobre esta bataola militar, sobre esta desorganización completa, la marcha agresiva de mil cien soldados reales y efectivos, era para descorazonar aun á los ánimos más inflexibles y fuertes. Considerada esta situación tan difícil, se resolvió que los mismos comisionados—el señor Franco y yo—se encargasen de hacer todo lo que á sus alcances estuviere, para contener el avance de Páez, mediante una orden eficaz del Vicepresidente de la Compañía. Antes de irnos á la casa de Mr. Norton, entramos á verlos á los Alfaro para recoger más datos y obrar sobre seguro; allí, Olmedo Alfaro me comunicó reservadamente, todo aquello que nosotros sabíamos ya sobre el movimiento de Páez. Yo me separé diciéndole: «A ustedes les conviene que esas tropas no avancen, porque nosotros antes de salir á batirlos, en caso de que lleguen, tendremos que verlos á ustedes y á los presos del Panóptico muertos, muy á pesar nuestro, por el pueblo y los soldados; nosotros no podremos contener las furias populares (seguí en la

calle las amenazas y los muertos) aún no saben de la venida de Páez, y con todo oiga usted.... Si él viene será imposible salvarlos... dejándoles en esta intranquilidad matadora nos dirigimos á casa de Mr. Norton á cumplir nuestra comisión. Como estuviese completamente asegurada la casa en que este señor vivía, no fue posible hacerla abrir á pesar de los golpes y gritos que dábamos y tuvimos que recurrir á la cooperación del joven Felipe Leroux, que formaba parte de la guardia de la Legación Chilena; éste, con gran peligro de su vida, logró pasarse por la cornisa de una de las ventanas del Hotel Royal á la casa habitación de Mr. Norton. Este mismo joven le puso al corriente del objeto de nuestra comisión. Cuando estuvimos adentro le espusimos los fines que nos habían llevado donde él, Mr. Norton nos dijo, que para proceder de acuerdo con nosotros, tenía que conferenciar con su Ministro—el de los Estados Unidos.—Le hicimos ver á él, que si procedía de otro modo del que nosotros le pedíamos, favorecería una revolución en el país y violaría los fueros de la neutralidad que todo extranjero debe respetar, puesto que toda la República estaba con nosotros, sosteniendo la constitucionalidad y Páez y los suyos no eran sino revolucionarios que se declaraban contra un Gobierno constituido; le agregamos además, que si no se nos oía nuestra petición, tan justa como pacífica, destruiríamos parte de la línea y el material rodante, causando así, graves perjuicios á la Compañía, ya que un alto sentimiento de humanidad y de paz nos imponía el valernos de cualquier medio para evitar el derrame de sangre hermana. Enviamos de Mensajero ante el Ministro Americano al mismo joven Leroux, pidiéndole á nombre de Mr. Norton una conferencia, él regresó en compañía del Secretario de esa Legación á comunicarnos que el señor Ministro nos esperaba. Nos traslamos con Mr. Norton y le expresamos lo que ya á éste le habíamos dicho; además, le dimos cuenta de la Nota que el Cuerpo Diplomático había redactado para enviarla á Páez, la cual

pedía que éste depusiera las armas ó se regresara al punto de donde partió.

Habiendo conferenciado con el Ministro Americano y confiando en la evidencia de nuestras palabras, Mr. Norton se resolvió á trasladarse con nosotros á Chimbacalle y tomar las medidas necesarias, para contener el avance de Páez y Reincso. Don Ernesto Franco y yo nos dirigimos á donde estaban asilados Alfaro y sus hijos y le arrancamos la carta dirigida á Páez. (No la damos á luz por haberse traspapelado la copia de dicha carta).

Después de hacer firmar la Nota Diplomática por el Ministro Americano, nos trasladamos con el Vicepresidente de la Compañía para poder comunicarnos con el Sur, ya que las líneas telegráficas y telefónicas, estaban completamente interrumpidas de las Oficinas Centrales á la Estación y preparar el carro de mano que debía conducir á los Secretarios de las Legaciones Colombiana y Americana portadores de la referida Nota Diplomática y de la carta del Coronel Olmedo Alfaro. La Comisión Diplomática salió en carro de mano á las seis a. m. llevando la nota Diplomática y la dicha carta en las que se le pedía á Páez en nombre de los que la suscribieron que retroceda al punto de donde salió ó capitulara.

En aquellos momentos, recibió el Vicepresidente de la Compañía un telegrama de Latacunga, comunicándole que estaba listo un convoy para irse á Yambo, donde estaban interceptados los dos trenes, en que venían las tropas de Páez á causa de un derrumbe en este punto. La línea telegráfica estaba interrumpida en el trayecto de Riobamba á Huigra y por esta razón, no era posible comunicarse con el Despachador de Trenes para que este ordenara la movilización hacia Quito de las locomotoras y carros que se hallaban en Latacunga; pues, el Reglamento de la Compañía, autoriza solo á este empleado para que ordene la salida de trenes. Por esta razón, Mr. Nor-

ton, no podía ordenar directamente que salgan con dirección á Quito los convoyes de Latacunga. Con todo esto, este señor, dispuso que se despache esos trenes, no sin haberle suplicado los comisionados con alguna insistencia. Burlando la vigilancia de los que cuidaban las máquinas por orden de Páez, llegaron á la Estación de Chimbacalle con diferencia de horas dos trenes, los mismos que estaban en Latacunga. De esta manera, se les imposibilitaba todo intento de marchar rápidamente á Quito. Además, el derrumbe que según el decir del General Páez fue hecho intencionalmente con dinamita, impidió que avanzasen en seguida; y como carecían de peones y herramientas no podían limpiar la línea con la brevedad que deseaba el dócil servidor de Alfaro, apesar de que la mayor parte de sus soldados trabajaban hasta con las manos en quitar la tierra de la línea.

Con todo de que la seriedad y prestigio de los Secretarios de las Legaciones Colombiana y Americana, eran suficiente prenda para que el más escéptico llegara á convencerse de la realidad de cuanto encerraran las comunicaciones de que eran portadores, el Teniente del *jefe indiscutible* no dió el crédito ni la importancia que se merece á la Nota Diplomática, ni á las palabras de los que generosamente, se ofrecieron correr grandes peligros, con la única mira de que no se manche con sangre, una vez más, el suelo ecuatoriano y, dijo, que sólo se convendría si el General Eloy Alfaro le comunica en la clave especial que solían comunicarse los dos. Diósele gusto en esto, y sólo así, se consiguió el que se regresaran á Riobamba y Ambato los batallones que traía con dirección á Quito con ánimo hostil, no sin que antes hubiese sacado de las tesorerías de Latacunga y Ambato dinero, para racionar á las tropas, según el decir de él. Mientras duraban estas salvadoras gestiones de movilización de trenes y retiro de tropas, los señores Coronel Navarro [hoy General] y Víctor E. Estrada con los jefes de los cuerpos, trabajaban infatigablemente por organizar el Ejército y

prepararlo para el caso de que avanzaran hasta Quito los 1.100 hombres que traían Páez y Reinoso. La situación para el Coronel Navarro y don Víctor E. Estrada no podía ser más difícil y comprometida: todos ó casi todos los soldados desbandados que se habían dirigido á sus casas á festejar el triunfo, á divertirse por la caída del tirano, creían que todo peligro había desaparecido y no se cuidaban de irse á sus cuarteles; solo el Pichincha permaneció organizado convenientemente y en segundo lugar, el Regimiento de Artillería N^o 4. Venciendo todo obstáculo y dificultad por grande que fuera, las dos personas nombradas, preparaban la movilización del número conveniente de hombres para batirlos fuera de la ciudad, si venían hasta aquí las fuerzas de Páez. Felizmente no hubo lugar á esto, desde que se decidieron á reandar hasta los puntos en donde habían estado acantonados. Toda situación de esta especie, es muy compleja por naturaleza y más aún, la del 11 y 12 de Agosto, puesto que se habían acumulado mil circunstancias para hacerla más difícil.

Entre los perseguidos del pueblo y digo del pueblo porque él por sí, ya que no era dable disponer de Policía, buscaba acusiosamente á todos aquellos que habían sido sus enemigos y explotadores en el nefando gobierno de Alfaro, se encontraba el General Flavio E. Alfaro á quien se le creía ya lejos de Quito y en camino para ponerse al mando ó de las fuerzas del Norte ó de las del Sur y por esta suposición, fundada si hubiese sido un ambicioso con valor, no dejaba de inquietar á los que no lo conocían personalmente lo que él era y se dejaban llevar de la voicinglería de *sus partidarios* en los proyectos de asalto al poder. Este *bizarro* General, el día 11 de Agosto fue invitado por el Ministro Chileno á almorzar en su Quinta situada hacia el Norte, en las afueras de la ciudad. Cuando oyó los tiros, lejos de salir siquiera por curiosidad á ver y preguntar de lo que se trataba, ya que no como *Jefe de revolución*, suplicó al señor Ministro que lo encerrara y encerrado per-

maneció hasta las 4 p. m. del sábado 12, en que se lo sacó en medio de las carcajadas del pueblo al ver tanta cobardía en un ambicioso tan ridículo. No digo que una inspiración de genio podía guiar en esos momentos para la consecución de sus quimeras á un pobre de espíritu como el General Flavio E. Alfaro; pero, sí era dable, que por miedo, que por un instinto de conservación saliera de allí y pusiera *en salvo* su vida, pues el instinto de conservación es aquello con que se despierta la vida aun en los seres más inferiores. Muy lejos de toda suposición razonable estaba el General Flavio Alfaro; se hallaba en el mismo sitio en donde le cogió los primeros tiros y de allí sacaron un grupo de ciudadanos armados al mando del Capitán puente, un fantasma que tenía solo movimiento en un cuerpo cadavérico. Lo conducía el señor Ministro Chileno con el Capitán Puente. Y desde la casa del señor Belisario Jarrín [sita en San Blas] me adjunté yo en el coche, para conducirlo al Panóptico; porque todo el pueblo y ejército lo quería linchar, gritando ¡ahí vá el criminal!... ¡ahí vá el asesino del General Terán!... Unos lo hacían para hacerlo sentir más miedo, los más, porque en él veían al más grande enemigo de la prosperidad del país con sus proyectos de Presidencia; ¡pobre insensato! Fue preciso que con gran peligro de nuestras vidas calmáramos al pueblo; hubo momentos en que el valeroso señor Ministro tuviera que pararse en el estribo del coche y flamear su bandera para no ser victimados por los que nos hacían fuego.

Entre los partidarios de Flavio, la hez del Ecuador en su mayor parte, se contaban algunos jóvenes incautos, los cuales, más que por espíritu de partidatismo, fueron amigos políticos del valiente Flavio por falta de experiencia. Cuando llegaron á saber éstos, el porte indigno de su jefe, creyeron, convencidos, haber cometido el más nefando crimen consigo mismo y con su Patria: unos llegaron á escribir protestas que no se publicaron; otros daban públicamente á conocer su arrepentimiento; todos consideraron como un

baldón para sí. El pretencioso Flavio fue castigado con el oprobio del pueblo y el desprecio mal contenido de los que lo creyeron digno de algo. Es la mejor sanción para él. ¿Se sentirá todavía caudillo?

Instantáneamente repercutió en toda la República el gran suceso; lo que en el pecho de de todo ecuatoriano estaba latente en forma de deseo, se había realizado. Guayaquil supo en la tarde misma del 11, Ibarra y Tulcán supieron el 12, apesar de lo que se hizo en la primera de estas ciudades para ocultar lo que había ocurrido en Quito. Cuando los ibarreños supieron, se desbordaron y ni las maquinaciones de un miserable que tuvo el comando de la guarnición durante el gobierno de Alfaro, para contrarrestar en esa Sección, ni el silencio estudiado que éste guardaba, impidieron para que se siguiera el movimiento reivindicador en esa Provincia. Debido á la impericia de los jefes de esa guarnición, cundió en la tropa una desmoralización completa y fue preciso que el señor Víctor M. Romero, con quien contábamos desde el principio de los preparativos, interviniera en tan críticas circunstancias; y gracias á su prestigio de que gozaba y goza entre los soldados y el pueblo, pudo nuestro compañero de labores patrióticas evitar los males y las consecuencias que podían traer situación tan anormal. Todas las provincias de la República, como no podían menos, estuvieron firmes y acompañaron á Quito en su obra que es la mejor página de la Historia.

El día 12 de Agosto telegráficamente elevé mi parte al Presidente electo, en esta forma «Le saluda su verdadero amigo, quien ha sabido cumplir con su palabra.—*Manuel Moreno*».—El señor Emilio Estrada, contestó á mi parte, así: «Guayaquil, 13 de Agosto.—Señor Manuel Moreno: Por la sencillez de su telegrama mido la gradeza de su alma. Gracias.—Su amigo.—*Emilio Estrada*».

CONCLUSION

Yo repetiré lo que ha dicho el gran Hugo refiriéndose á París al tratarse de la Capital del Ecuador. Cuando la República piensa Quito habla; cuando la Nación quiere los quiteños ejecutan. Quito es para el Ecuador el corazón que siente, el cerebro que piensa el brazo que ejecuta. Sus habitantes altivos como sus progenitores, los rebeldes del 10 de Agosto, siempre han combatido las tiranías de que está tramada nuestra Historia y cuando la acción se ha embotado ante la fuerza de las bayonetas, se han replegado al último reducto de todo ánimo inflexible: la protesta en los labios y la altivez en su frente. Quito lanzó el grito terrible contra la dominación hispana; el mismo Quito, hizo pedazos el trono carcomido del despotismo: estos dos hechos que tendrán repercusión eterna en nuestra Historia. Constituyen, indudablemente, la iniciación de dos períodos distintos que tienen su importancia inmensa en la evolución nacional. Con el 10 de Agosto, no cayó el Conde Ruiz de Castilla, sino que murió el coloniaje opresor que embrutecía á los americanos; con el 11 de Agosto no cayó Alfaro: murió para siempre la tiranía como norma de gobierno; se fueron para no volver jamás todos los Casiques de la América. El 10 de Agosto dice AUTONOMIA E INDEPENDENCIA; el 11 de Agosto proclama Gobiernos populares y honrados, es decir, DEMOCRACIA Y LIBERTAD. Ambas fechas han dado rumbo al curso histórico de América. Con la primera se enciende la chispa de la guerra magna; con la segunda, se termina el caudillaje, la expoliación y el reinado de las nulidades audaces. El 11 de Agosto es el clavo de oro con que se remacha el triunfo de las libertades públicas.

Con la sinceridad de todos los actos de mi vida humilde pero honrada; con los principios liberales que el gran maestro Juan Montalvo supo inculcar con sus lecturas, en mi primera juventud, ante mi vista; con todas las prescripciones de la hombría de bién y según los dictados de mi conciencia, he sabido cumplir mi deber de patriota, sin miedo y sin vacilaciones. Nunca me han guiado el interés ni el egoísmo que han corrompido tanto á mi Patria. Nunca he esperado recompensa por mis acciones desinteresadamente ejecutadas. Fui liberal, desde que todo liberal estaba declarado fuera de la ley en el gobierno inquisitorial de Caamaño; cuando se festejaba un onomástico con festines sangrientos, con asesinatos infames de Infante, Leopoldo González y Vargas Torres. Por aquellos brumosos días, mi fantasía juvenil y mi pecho abnegado presentían una aurora de libertades, un triunfo completo de la civilización sobre los principios petrificados y carcomidos por los siglos. Luché, luché estérilmente. El destino con sus volubilidades misteriosas, derrumbó al conservatismo y defendí á Alfaro y luché con él; porque lo creí un liberal, porque lo creía el apóstol de la democracia. Me engañé; arrepentido con la fiereza de la realidad de los hechos, empuñé el arma de los altivos, y luché contra él. Alfaro fue mi amigo, muy amigo; pero él defraudó los intereses del partido y los derechos del pueblo y contribuí con el contingente insignificante de mis energías á la caía de su régimen criminal. El Norte de todas mis acciones como patriota, han sido los principios de todo liberal convencido. No defendiendo, no defenderé personas sino ideas. No soy amigo ni partidario de tal ó cual Presidente porque calme mi hambre; defendiendo desinteresadamente á todo Gobierno constituido y honrado, que su campo de acción no se salga de los inflexibles límites de la ley, ni del querer nacional. Yo, el último de los ecuatorianos, pero el más ardiente defensor de sus derechos, no consentiré jamás que un Gobierno, para cuya existencia he contribuido con mis fuerzas, se vaya por el cami-

no de las arbitrariedades y, si así fuere, lo que no lo espero, mi brazo estará listo para luchar con el pueblo y para el pueblo.

Manuel Moreno.

Quito, Octubre de 1911.

ACLARACION

SIN COMENTARIOS

Este folleto debía haberse dado á la luz pública, á mediados del mes pasado, la demora de su publicación ha sido debido á lo siguiente:

Estando imprimiéndose en la Imprenta Nacional, por orden expresa del señor Ministro de lo Interior y con el beneplácito del señor Presidente de la República, quien me había aun ofrecido datos importantes de las entrevistas confidenciales tenidas con el General Eloy Alfaro, el señor Víctor Emilio Estrada, ordenó, por medio de una esquila dirigida al señor Páez, Director de dicha imprenta, que se suspendiera la publicación del mencionado folleto.

Admirado por este proceder conferencié con el señor don Emilio Estrada, Presidente de la República, quien me manifestó, con sorpresa é indignación, el incorrecto procedimiento de su hijo, asegurándome, que lo enviaría sin falta alguna á mi casa á darme la satisfacción debida y que el folleto sería publicado en la Imprenta Nacional; ratificándose en su ofrecimiento respec-

to á los datos confidentiales, los cuales, dijo, me serían entregados á la llegada del señor don Pedro Valdez M., de Guayaquil. Posteriormente fuí de nuevo sorprendido, con una orden impartida, para que no se imprimiera allí, según se me dijo en la Imprenta Nacional, dada por el mismo señor don Emilio Estrada, Presidente de la República, quien tampoco llegó á darme los datos ofrecidos.

Visto lo cual, tomé yo mis originales y sintiendo por el tiempo que se me hizo perder, contraté para que se editara en la Imprenta de «El Comercio».

NOTA.—Por la premura del tiempo y por otras razones, el lector encontrará muchas faltas no solo tipográficas. Le pedimos sea indulgente y nos perdone.

